EL ÁMBITO REGIONAL. INTERROGANTES Y CONJETURAS

El territorio del Norte Grande Argentino. Un contexto de la pobreza. [1]

Alfredo Bolsi
Fernando Longhi
Norma Meichtry
Pablo Paolasso [2]

[1] En este capítulo se intentan detectar los principales caracteres del contexto territorial de lo que es hoy el Norte Grande Argentino, territorio asociado con el grupo humano más pobre del país. No se trata, en este caso, de un estudio sobre la pobreza, sino de una conjetura sobre la manera en que la asociación entre tiempo y espacio fue urdiendo esa trama dominada por una población careciente. Al mismo tiempo, conviene señalar que el concepto "territorio" tiene muy diversas interpretaciones. En este caso particular expresa la interacción entre las sociedades y el medio natural a lo largo del tiempo. En tal sentido, tiene mucho que ver con la conceptualización de la escuela de Berkeley o con las formulaciones de David Harvey entre otros, según se verá en el texto. Se sobreentiende, sin embargo, que el territorio es una noción geográfica como dice Foucault, pero principalmente una noción jurídico-política, esto es, designa lo que es controlado por determinado tipo de poder; es dominio del Estado, dice Correia de Andrade, de individuos, de organizaciones o de empresas ya sean nacionales, locales o internacionales.

[2] Diferentes versiones resumidas de los conceptos centrales de este capítulo fueron presentadas en el VIII Coloquio Internacional de Geocrítica, México, 22/26 de mayo de 2006 (Meichtry y Bolsi), en el XXVI Encuentro de Geohistoria Regional, Resistencia, 16/18 de agosto de 2006 (Bolsi y Paolasso) y en las XX Jornadas de Historia Económica, Mar del Plata, 18/20 de octubre de 2006 (Bolsi/Longhi). Las observaciones recogidas en esos ámbitos –muy valiosas la gran mayoría– sirvieron para mejorar el texto. Finalmente, con el título *El Norte Grande Argentino entre el progreso y la pobreza*, Alfredo Bolsi, Fernando Longhi y Pablo Paolasso publicaron una nota en *Población & Sociedad* (12/13, 2006).

blanca

...no hay una cosa que no sea
una letra silenciosa de la eterna escritura
indescifrable cuyo libro es el tiempo.
J. L. Borges

INTRODUCCIÓN

Las nueve provincias del Norte Grande Argentino (NGA) cubren, como se dijo, unos 750.000 kilómetros cuadrados, esto es, el 27,5 por ciento de la superficie total del país. Este amplísimo ámbito subtropical está integrado por dos grandes sectores: el occidental, donde la montaña es el hecho dominante, y el oriental –más extenso– ocupado en su mayor parte por la llanura.[3] Los efectos de la distancia a los océanos Pacífico y Atlántico, de las variaciones altitudinales, de la circulación general de la atmósfera, de la orientación de los encadenamientos montañosos, de los procesos tectónicos y geomorfológicos, etcétera, se hacen sentir en la riquísima y compleja red de paisajes naturales que caracterizan el área. Numerosas contribuciones científicas han dado cuenta de sus rasgos generales y de sus detalles pero no es ocioso puntualizar que la naturaleza, en esta porción del país, no escatima los extremos: cuenta con cadenas montañosas ubicadas entre los más elevadas de las Américas; en pocas decenas de kilómetros pueden salvarse desniveles de 6.000 metros de altitud, de más de 2.000 milímetros de precipitaciones y trasladarse desde las nieves permanentes hasta los tórridos ámbitos chaco-formoseños; es atravesada por una riquísima red fluvial y por uno de los ríos más caudalosos del continente; en su sector central se ubica el polo de calor sudamericano; contiene la mayor superficie boscosa, a la vez que registra la variedad vegetal más rica del país; posee las amplitudes térmicas más pronunciadas de la Argentina; en fin, junto con la Amazonia, los Llanos y la Pampa, el "Chaco" (área central del NGA) es una de las cuatro más grandes llanuras de acumulación de América.

Pero a pesar de su extensión –y de sus cambiantes riquezas naturales– sólo viven en el NGA un poco más de 7 millones y medio de habitantes, o sea en torno al 20 por ciento del total de la población argentina. De ese conjunto, más del 77 por ciento vive en ciudades, incluidas en un conjunto urbano caracterizado por la alta concentración de habitantes en las capitales provinciales.

La participación actual del NGA en el total nacional de población es un par de puntos menor que la de cien años atrás (censo de 1895) pero mucho más reducida que la de los tiempos en que la patria "criolla" (censo de 1869) se transformaba rápidamente por los efectos de la incorporación más plena al capitalismo y al modernismo.

El cambio de tendencia a partir del censo de 1970 no obedecería tanto a un retorno al protagonismo de antaño, como a problemas más complejos vinculados, entre otros factores, con los procesos de metropolitanización del Gran Buenos Aires y de las capitales provinciales (Bolsi, 1997:125-142).

Se observa que la regresión fue particularmente acusada en las provincias que per-

[3] En este trabajo se entiende que el papel de la naturaleza en la territorialización se expresa a través de tres dimensiones: la restrictiva, definida por la existencia de sectores con grandes obstáculos para el desarrollo de la vida humana; la relativa, asociada con su significado cambiante según los cambios en las prácticas materiales y la regresiva, vinculada con los efectos de la explotación indiscriminada.

tenecieron al viejo orden colonial -y más tarde a los territorios criollos de buena parte del siglo XIX. En las "nuevas" provincias (Chaco, Formosa y en alguna medida Misiones) la figura dominante es la de una participación débilmente creciente, salvo el Chaco entre 1914 y 1947. El momento a partir del cual la población de aquellas comenzó la recuperación es variable; pero los valores relativos indican claramente que participaron sólo marginalmente de las grandes transformaciones que en distinto orden –y especialmente en lo poblacional– se dieron en el territorio argentino a partir de fines del XIX.

La pérdida de la importancia relativa en términos poblacionales está asociada con el pasaje de un Norte de fuerte presencia económica y cultural en aquella patria de mediados del XIX a otro donde el protagonismo ya se había diluido, circunstancia que persiste hasta hoy.

Este no es un hecho trivial pues se asocia con procesos significativos para el Norte Grande Argentino. La condición de antiguo territorio colonial, previamente indígena, sobre los que se desarrollaron los acontecimientos de "modernización" lo transformaron en un espacio cultural, social y aún económico que se diferencia muchas veces con nitidez del resto del país, principalmente de la Pampa Húmeda. El Noroeste por cierto y el Nordeste en buena medida han conformado en el pasado y aún en el presente áreas de diversidad y de intensos contactos culturales según se señalara oportunamente (Bolsi, 2004: passim). En tal sentido Tasso rescata en el Santiago tradicional residuos "del mundo colonial", rescate que puede hacerse extensivo a gran parte del territorio del Norte. Pero ve también una "heterogeneidad étnica manifiesta", circunstancia que se repite en el resto de las provincias. Observa que la supervivencia de ese mundo tradicional fue "parcialmente permeada" en Santiago por los procesos migratorios de fines del XIX y comienzos del XX. En la provincia del Chaco, donde la presencia aborigen era más pronunciada, el proceso asociado con la colonización estatal implicó el "desplazamiento"[4] de aquella población, el desarrollo de un frente pionero correntino y

TABLA 1: Población total del NGA en 2001 según provincias, urbana y rural, de cada capital y proporción de la población de cada capital con respecto al total provincial.

	TOTAL	URBANA	RURAL	% URBANA	CAPITAL	% CAPITAL
TUCUMÁN	1.336.664	1.060.424	276.240	79,3	736.018	55,1
SALTA	1.079.422	898.402	181.020	83,2	469.192	43,5
CHACO	983.087	780.440	202.647	79,4	359.142	36,5
MISIONES	963.869	672.951	290.918	69,8	280.454	29,1
CORRIENTES	929.236	737.905	191.331	79,4	316.486	34,0
SGO. DEL ESTERO	806.347	530.608	275.739	65,8	327.736	40,6
JUJUY	611.484	521.561	89.923	85,3	277.985	45,5
FORMOSA	485.700	375.153	110.547	77,2	198.146	40,8
CATAMARCA	333.661	247.001	86.660	74,0	171.447	51,4
NORTE GRANDE	7.529.470	5.824.445	1.705.025	77,3	3.136.606	41,6

Fuente: Censo Nacional de Población de 2001.

[4] El "orden y el progreso" involucrados en esa colonización se expresaría en la generación, como lo señala Bauman, de estos "residuos" humanos (2005, passim).

luego la migración internacional; las actividades productivas generadas por la colonización requirieron una nueva "articulación" con los aborígenes sobrevivientes. En Formosa, donde se destacaba una fuerte presencia paraguaya (y también de correntinos) la intensidad de la colonización estatal y de las migraciones intercontinentales fue menor que en el Chaco. En Misiones, los movimientos poblacionales asociados con la colonización articularon el poblamiento pionero correntino/paraguayo con la migración de ultramar y de los europeos/brasileños que avanzaba hacia Misiones desde el sur brasileño.

TABLA 2: Participación de la población del NGA en el total nacional entre 1869 y 2001.

1869	1895	1914	1947	1960	1970	1980	1991	2001
33,4	22,7	17,2	18,5	18,4	17,3	18,3	19,3	20,8

Fuente: Censos Nacionales de Población

En tal caso, el territorio del Norte Grande albergaría –y habría sido construido– por un grupo de sociedades que, a pesar de los intercambios e influencias mutuas, podrían ser identificadas por la persistencia de sus conceptos nucleares, esto es, por lo que una autora clásica como Benedict (1939) llamara "un conjunto central de ideas acerca de cómo son y cómo deben ser las cosas". Ese grupo es amplio y variado: es posible identificar desde pueblos distantes y aislados que viven casi en un estadio neolítico en diferentes medidas articulados con el resto de las sociedades, hasta los que se han instalado plenamente en el capitalismo flexible de las últimas décadas.

No es propósito de este trabajo definir con precisión el conjunto y las características de esas diferentes sociedades. Pero es necesario partir de una propuesta generalizadora que contemple la coexistencia de por lo menos dos grandes conjuntos: las sociedades moderna (en alguna medida capitalista) y tradicional, con articulaciones y relaciones de subordinación que varían de área en área. En otros términos, en el Norte Grande coexistirían como mínimo dos "pueblos" que tienen su propio conjunto central de ideas de "cómo son y deben ser las cosas".

Esta circunstancia se constituye en una atractiva puerta de entrada al complejo sistema territorial del NGA. Permite discutir el papel de las relaciones entre la sociedad (o las sociedades) y la naturaleza en la construcción del territorio y valorar las asociaciones entre cultura y economía de mercado (De Souza, 1990) y sus probables influencias en el desarrollo de las sociedades. Que cada una de esas

TABLA 3: Evolución de la importancia relativa de la población de las provincias del NGA en el total nacional entre 1869 y 2001

	1869	1895	1914	1947	1960	1970	1980	1991	2001
SGO. DEL ESTERO	7,6	4,0	3,3	3,0	2,4	2,1	2,1	2,1	2,2
CORRIENTES	7,4	5,9	4,4	3,3	2,7	2,4	2,4	2,4	2,6
TUCUMÁN	6,3	5,3	4,2	3,7	3,9	3,3	3,5	3,5	3,7
SALTA	5,1	2,9	1,8	1,8	2,1	2,2	2,4	2,6	3,0
CATAMARCA	4,6	2,2	1,0	0,7	0,7	0,7	0,8	0,9	0,9
JUJUY	2,3	1,2	1,0	1,0	1,2	1,3	1,5	1,6	1,7
CHACO	2,1	0,3	0,6	2,7	2,7	2,4	2,5	2,6	2,7
FORMOSA	0,0	0,1	0,2	0,7	0,9	1,0	1,0	1,2	1,3
MISIONES	0,0	0,8	0,7	1,6	1,8	1,9	2,1	2,4	2,7

Fuente: Censos Nacionales de Población

sociedades opere sobre la base de su propio núcleo central de ideas no sólo significa un conjunto diferenciado de creencias religiosas o principios filosóficos o morales; significa además que existe una valoración diferenciada de la naturaleza, por lo tanto de sus formas de uso y del complejo tecnológico, donde el problema de los rendimientos decrecientes pueden llegar a jugar un papel decisivo; como consecuencia habría efectos diferenciados en los procesos de territorialización, que tienen evidente consecuencia en el número, en la distribución y en la calidad de vida de la población.

Queda implícito que los cambios culturales (asociados con los procesos históricos) significan, como diría Sauer (1941), cambios en la valoración de la naturaleza, o en las prácticas materiales, como señalaría Harvey (1998). El resultado, la territorialización, sería un proceso en constante movimiento. La colonización española significó, en ese sentido, alteraciones de prácticas materiales muy profundas; el territorio que resultara de ese proceso –podríamos llamarlo "criollo"– reconocía esas modificaciones pero también las persistencias de viejos esquemas indígenas. La irrupción y luego la consolidación del capitalismo generó también cambios de gran magnitud que se reflejan en una moderna y vigorosa territorialización. Pero como en el caso anterior, los paisajes antecedentes (y sus sociedades) no fueron eliminados en su totalidad. En el avance sobre ellos, en algunos casos "a pesar" de ellos, hubo diferentes formas de articulación, de sobreimposición o de generación de "residuos"; pero no supresión total.

También tienen una profunda connotación cultural todo ese complejo sistema asociado con lo que se denomina "fuerzas del mercado". Se trata de otra idea de vieja raigambre en la Escuela de Berkeley. La propuesta es interpretarlas como una "expresión de una cultura particular que es histórica y espacialmente específica" (Smith, 1997), de estrecha relación con el liberalismo europeo del siglo XVIII. Esto es, los sistemas económicos son creados y modificados permanentemente según marcos sociales y culturales concretos (Healey e Ilbery 1990). No se trata de la simplificación planteada por De Soto cuando opone la "ética protestante" (seleccionada como paradigma de herencia cultural), al sistema de propiedad legal (seleccionado, entre otros, como ejemplo de proceso no cultural) a la hora de entender el éxito empresario de Bill Gates (De Soto, 2000:223). Más allá del sistema de propiedad integrado –de peso indudable en la explicación de dicho éxito– la discusión se sitúa en torno al desarrollo de la economía de mercado en el contexto del liberalismo occidental, o como su producto. Esta cultura peculiar acentúa como rasgo específico el individuo fuerte, la sociedad débil y el Estado mínimo. El modelo de la identidad humana está asociado con individuos autónomos conectados entre sí por intercambios impersonales de mercado más que por vínculos de parentesco o de comunidad; éste sería un rasgo crucial de tal modo de vida, donde se insiste en la fuerte connotación cultural del papel de las fuerzas impersonales de la oferta y la demanda en el ideal de imparcialidad más que sobre la base de lazos de solidaridad (Smith, 1997; ver, además, Thrift, 1994 y Martin, 1994). Esta conjetura permitiría abrir el interrogante acerca del papel de la diversidad cultural como agente activo de la "materialización" (o como contexto) de la economía de mercado en el NGA.

El problema en torno al concepto "progreso" –expresión indisociable de la cultura liberal– es relevante en este caso. El Norte se encuentra fuertemente asociado –vía poblaciones y grupos culturales indígenas que aún habitan su territorio– con las sociedades andinas (en el Noroeste) y las guaraníticas y amazónicas en el Nordeste. Es significativo que según numerosos testimonios de esas comunidades la idea de progreso no sea una

expresión corriente.[5] Es significativo también que las dos áreas de mayor presencia indígena en el Norte (Puna y occidente chacoformoseño) conformen los dos "núcleos duros" más críticos de la pobreza regional.[6]

De allí que se proponga que estos rasgos culturales del Norte deban ser considerados como un factor en la interpretación de sus problemas principales. No sólo afectan a los procesos de territorialización: inciden en los caracteres demográficos, en la estructura de consumo y producción, en la marcha de los procesos económicos y en los rasgos de "materialización" del capitalismo en la región.

La propuesta cuenta con antecedentes o semejanzas no desdeñables. Las diferencias entre el Norte Grande y, por ejemplo, la pampa húmeda no sólo son cuantitativas sino que encierran órdenes sustantivos. A partir de una versión restringida y local de una idea de Octavio Paz, podría afirmarse que lo que separa a las dos regiones es lo mismo que las une; son dos versiones diferentes de la economía de mercado, dos resultados distintos de la consolidación del capitalismo.[7] Pero es probable visualizar esas diferencias desde otra perspectiva, tal vez complementaria: los "núcleos duros" de la pobreza regional serían parte de los escombros que hipnotizaban al ángel de la historia, de Benjamin: son los restos que allí acumuló, y sigue acumulando, el huracán del progreso.

EL NORTE GRANDE ARGENTINO EN EL PAÍS

¿De qué manera las interrelaciones entre esa cambiante naturaleza y el complejo de diferentes sociedades que sucesiva y variadamente se han articulado con aquella, en el contexto de procesos nacionales e internacionales, llegaron a definir los sustentos principales de la población actual? Al mismo tiempo, ¿cómo es la inserción del NGA en la estructura productiva del país? Por último, ¿cómo repercute en el nivel de vida de la población?

Las estructuras productivas de las provincias señalan la alta incidencia del sector terciario (que dista de ser la culminación de un sector productivo fuerte y en expansión) en el conjunto. La importancia, a su vez, del comercio y de las actividades financieras es casi excluyente con la excepción de Catamarca donde la explotación minera se hace sentir en el conjunto y en el crecimiento del PBG. Además, si en Formosa no se acusa tan marcadamente como en las otras provincias el desempeño del comercio, es debido a la importancia de la administración pública.

El sector primario conjuntamente con las industrias[8] es, luego del comercio, el de mayor incidencia en el conjunto de las estructuras productivas,[9] con excepción de la cita-

[5] En el contexto de los interrogantes "¿Qué hemos logrado en cuatro décadas de cooperación al desarrollo"? y "¿Porqué en muchos casos los impactos han sido tan magros"? la Agencia alemana de cooperación técnica (GTZ) y el Goethe Institut, en torno a la hipótesis "…la prevalencia de lo netamente técnico y el racionalismo occidental desplazó a segundo plano la dimensión cultural de progreso", organizaron reuniones en La Paz (Bolivia), Alejandría (Egipto), Calcuta (India), Windhoek (Namibia), Kaliningrado (Rusia) y Gödelitz (Alemania) para trabajar sobre la cuestión "¿Qué entendemos por progreso"? El resultado de la reunión de La Paz puede verse en Archondo, Rafael et al (1994).

[6] Se han incluido entre estos "núcleos" otros cuatro más: a. un sector de la meseta misionera, b. el área de campesinado del noroeste correntino, c. el sector algodonero del Chaco y d. el área campesina de Santiago del Estero.

[7] "Lo que nos separa (Octavio Paz se refería a las diferencias entre México y EEUU) es aquello mismo que nos une: somos dos versiones distintas de la civilización de occidente". (Paz,1983:140)

[8] Cabe apuntar que el papel de la industria manufacturera del NGA tiene muy bajo desempeño en el conjunto nacional: con algo más del 8% de los puestos de trabajo ocupados en esta actividad, contribuye con el 5% del valor de la producción (INDEC, Anuario 1998: 367 y 369.

[9] La minería del NGA a partir de la puesta en funcionamiento de un importante yacimiento catamarqueño, tiene una participación de casi el 20% en el valor agregado bruto del país, a su vez, reúne casi el 5% de las reservas comprobadas de petróleo (INDEC, Anuario 1998: 347 y 382.

TABLA 4: Norte Grande Argentino: composición de las estructuras productivas provinciales y estimación del PBG. Año 2000.

PROVINCIAS	1	2	3	4	5	6
CATAMARCA	40,0	14,0	22,0	9,0	15,0	34,1
CHACO	21,0	16,0	35,0	16,0	12,0	16,8
CORRIENTES	24,0	19,0	34,0	13,0	10,0	6,8
FORMOSA	16,0	20,0	27,0	21,0	17,0	8,1
JUJUY	25,0	17,0	34,0	14,0	10,0	14,7
MISIONES	22,9	22,5	32,8	11,6	10,1	18,7
SALTA	25,6	20,9	35,0	10,7	7,9	17,2
SGO. DEL ESTERO	20,0	17,0	35,0	15,0	13,0	15,7
TUCUMÁN	21,0	17,0	37,0	16,0	9,0	14,8

Columna 1: Sector primario e industrias; columna 2: Comunicaciones, suministro de electricidad, gas, agua, transporte y construcción; columna 3: Comercio mayorista y minorista, hoteles, restantes actividades financieras; columna 4: Administración pública; 5: Educación y salud; 6: Crecimiento del PBG entre 1993 y 2000. Tomado de Gatto y Cetrángolo, 2003, p. 17. Elaborado sobre la base de información del Panorama Económico Provincial, CEPAL.

TABLA 5: Superficie implantada del NGA ca 2000. Total por provincia

PROVINCIAS	SUPERFICIE (HA)	PARTICIPACIÓN (%)
CHACO	1.504.500	31,9
SANTIAGO DEL ESTERO	1.159.500	24,6
SALTA	717.610	15,2
TUCUMÁN	702.330	14,9
MISIONES	255.250	5,4
CORRIENTES	136.930	2,9
JUJUY	105.345	2,2
CATAMARCA	73.060	1,6
FORMOSA	58.770	1,2
TOTAL	4.713.295	99,9

Fuente: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Campañas 1997 a 2001.

da provincia de Formosa donde también el sector de administración pública es más importante aún. En estas actividades (primario/industrias) el papel más importante es desempeñado por las actividades agropecuarias. Por lo tanto, si es que la indagación central de este trabajo apunta a detectar los problemas asociados con la pobreza en el NGA, el mundo agropecuario y agroindustrial debe ser motivo de especial atención.

Se ha señalado que en la mayoría de las provincias el producto agropecuario aportó, entre 1995 y fin de siglo, con más del 50 por ciento del producto agregado "actividades productivas" (Gatto y Cetrángolo, 2003:24-25). Esa importancia se manifiesta, por una parte, en una superficie implantada de casi 5 millones de Ha.

Ello significa que contribuye con el 8,75 por ciento en el total de la superficie implantada del país. De ese total las provincias del Chaco y de Santiago del Estero tenían la mayor incidencia. Casi la mitad de esa superficie corresponde a las oleaginosas y un cuarto a los cultivos agroindustriales, esto es, el sector de mayor repercusión económica y social del Norte.

En torno de estos cultivos se han estructurado los paisajes más dinámicos de la región. Resultantes de distintos "recorridos históricos" y de diferentes complejos de factores, concentran, a partir de los importantes efectos multiplicadores de las agroindustrias, las más altas densidades de población, las jerarquías y redes urbanas más importantes o las más extensas redes de transporte; son una muestra de la complejidad económica y cultural del Norte. Al mismo tiempo, las repercusiones sociales de las alternativas económicas de estos grandes núcleos son de muy alta significación si se las compara con otras actividades agropecuarias tales como por ejemplo las derivadas de la reciente expansión de los cultivos "pampeanos".

TABLA 6: Superficie de los cultivos industriales en el NGA, ca 2000.

CULTIVOS	SUPERFICIE (HA)	PROVINCIAS
ALGODÓN	474.130 (a)	Chaco, Santiago del Estero, Formosa, Catamarca
CAÑA DE AZÚCAR	334.770 (b)	Tucumán, Salta, Jujuy
YERBA MATE	201.000 (c)	Misiones, Corrientes
TABACO	74.700 (d)	Jujuy, Salta, Tucumán, Corrientes, Misiones
TE	43.100 (e)	Misiones, Corrientes
LIMÓN	36.200	Tucumán, Salta
TOTAL	1.163.900	

Fuente: Ídem Tabla 5. (a): Promedios campañas 1998/99; 99/00 y 00/01. (b): Campaña 1996/97. (c): Campaña 1997/98. (d) y (e): Campaña 1996/97. (f): Campaña 1997; este cultivo habitualmente no se incluye entre los industriales, pero su aprovechamiento en Tucumán genera una importante actividad que excede lo meramente agrícola; además, ya ha comenzado a estructurar su propio paisaje económico-cultural.

En efecto, la década de 1990 fue testigo del último de los cambios importantes en la estructura y en la superficie agropecuaria del NGA debido a la fuerte expansión de los cultivos de cereales y oleaginosas. La soja fue el caso más importante que se dio principalmente en Salta y Tucumán, Santiago del Estero y Chaco. En las provincias restantes la producción agropecuaria se mantuvo comparativamente al margen de este proceso.

Aún cuando las actividades agropecuarias tengan alta incidencia en el producto agregado "actividades productivas", debe reconocerse una marcada heterogeneidad en la composición y en la participación en el PBG.

Es posible detectar con facilidad dos conjuntos de provincias: uno, integrado por Tucumán, Salta y Jujuy, donde se advierte una alta incidencia de la agricultura en la composición del producto agropecuario. Aquí se han desarrollado complejos industriales de importancia (azúcar, tabaco, cítricos, etc.) a los que se sumó, en Salta y Tucumán, la expansión más reciente de oleaginosas y de cereales. El otro, integrado por Formosa y Corrientes, donde la ganadería prevalece. Entre ambas reúnen casi el 54 por ciento de los vacunos del NGA, aunque sólo Corrientes acapara el 40.6 por ciento. A su vez, la agricultura de ambas genera la más baja incidencia en la producción agropecuaria. Sobresale el pobre desempeño de estas provincias (tabla 4) en cuanto al crecimiento del PBG. Entre ambos casos, en Catamarca, Santiago del Estero y Misiones se reconoce la importancia de la agricultura pero sin el sesgo de exclusividad como en las provincias anteriores. En las dos primeras, en efecto, se percibe la presencia ganadera, mientras que en Misiones la silvicultura conforma la participación más destaca-

TABLA 7: Composición de la producción agropecuaria de las provincias del NGA, año 2000, y su participación en el PBG

PROVINCIAS	PARTICIPACIÓN EN PBG	AGRÍCOLA	GANADERA	SILVICULTURA	OTRAS
CORRIENTES	14,0	37,1	54,4	7,6	0,9
CHACO	13,8	50,3	30,2	13,5	6,0
SANTIAGO DEL ESTERO	13,8	72,4	19,3	2,4	6,0
SALTA	10,6	87,5	8,1	0,5	3,9
MISIONES	10,5	62,0	8,3	27,6	2,1
JUJUY	9,1	87,4	8,3	1,2	3,1
TUCUMÁN	8,8	90,8	4,5	0,4	4,3
FORMOSA	8,4	37,3	57,9	4,0	0,8
CATAMARCA	4,5	73,5	22,3	2,1	2,1

Fuente: Gatto y Centrándolo, 2003: 26

da del Norte. Por último, se puede individualizar a la provincia del Chaco, donde la agricultura es destacada, pero también lo es la ganadería y, en cierta medida, la silvicultura.

La producción agropecuaria participa en el PBG según niveles altos, en torno al 14 por ciento (Corrientes, Chaco y Santiago del Estero); bajos (Catamarca) e intermedios (entre 8,4 y 10,6 por ciento) en las provincias restantes.

Esta estructura productiva tiene muy baja participación nacional en el producto bruto geográfico. El conjunto de los diferentes complejos agroindustriales, de los cultivos de cereales y oleaginosas y su vigorosa expansión en la década de los 90, de las actividades mineras, del petróleo, de la industria metalúrgica, esto es, de los sectores primarios y secundarios agregados del NGA, representaba en 1999/2000 sólo el 9,6 por ciento del total del país. A su vez, las dominantes actividades de comercio, hoteles, instituciones financieras, etc., involucraba en esa fecha apenas el 7,8 por ciento del total nacional.

Además, en ese contexto de participación mediocre, ninguna de las provincias, en forma individual, supera el nivel de 2 por ciento. Se advierten fuertes desigualdades internas, por otra parte. Santiago del Estero y Formosa,[10] en efecto, contrastan acentuadamente con el grupo de Tucumán, Salta y Misiones, que tienen un nivel de participación hasta seis veces superior. Entre estos extremos, se ubican las provincias restantes, con una participación en torno al 1 por ciento.

Por otra parte, la estructura productiva del NGA, en los términos que aquí se han descripto, no parece ser muy atractiva para la inversión privada (Gatto y Cetrángolo, 2003, passim). Sólo Catamarca fue favorecida en años recientes por inversiones importantes que, como se dijo, se orientaron hacia la explotación minera.[11] Fuera de ello, el panorama es mediocre. En ese contexto, Jujuy, Salta y Tucumán fueron provincias de alguna manera favorecidas por inversiones de grandes

[10] Estas provincias forman parte del llamado „grupo crítico“ por Gatto y Cetrángolo, 2003, p. 22.

[11] En este caso se ha puesto en evidencia que fueron los rasgos de las condiciones naturales el atractivo central de los capitales.

empresas pero de forma selectiva; algo semejante sucedió en Misiones.[12] El resto se encuentra prácticamente excluido del circuito nacional de este tipo de grandes inversores.

En tal sentido, la distribución geográfica de la inversión repite el modelo de los otros indicadores económicos: alta concentración en la pampa húmeda en oposición a los valores reducidos del NGA.

La inversión privada en el Norte, equivale al 5,9 por ciento de la pampa húmeda. En tal caso, como observan Gatto y Cetrángolo (2003:47) esta pobreza de inversión no sólo afecta a la tasa del crecimiento del producto sino que, además, influye en el empleo, en la productividad misma de las economías provinciales y en las exportaciones.

Éste es, en efecto, otro de los aspectos que definen las condiciones críticas del Norte: participa con menos del 8 por ciento en el total de las exportaciones de la Argentina.

La composición de estas exportaciones indica la fuerte presencia de los productos primarios que, sin embargo, tienen una baja incidencia (7,01%) en el total nacional. Más del 50 por ciento de las exportaciones del Norte tienen ese origen, al lado de 19,4 por ciento de la Pampa húmeda o del 20,3 por ciento del país.

En el nivel provincial la dependencia de este sector puede ser mucho más alta, como es el caso de Santiago del Estero (98,0%) o Catamarca (93,4%). El resto de las provincias, sin embargo, salvo los casos de Formosa y Mi-

TABLA 10: Norte Grande Argentino: exportaciones según grandes rubros (en millones de dólares FOB, 2000). Comparación con la Pampa húmeda y total nacional.

ÁREAS/JURISDICCIONES	TOTAL GENERAL	PRODUCTOS PRIMARIOS	MANUFACTURAS		COMBUSTIBLES
			Origen Agropecuario	Origen industrial	
TUCUMÁN	407,8	130,6	120,7	156,5	-.-
SALTA	407,6	178,3	25,6	44,8	158,9
CATAMARCA	337,5	315,1	12,5	9,8	-.-
MISIONES	282,0	42,1	77,3	162,6	-.-
CHACO	151,1	104,2	42,6	4,3	-.-
JUJUY	95,0	61,5	22,6	11,0	-.-
CORRIENTES	93,4	65,6	15,1	12,7	-.-
SANTIAGO DEL ESTERO	59,8	58,6	0,4	0,8	-.-
FORMOSA	14,2	1,6	0,4	0,6	11,6
NORTE GRANDE ARGENTINO	1.848,4	957,6	317,2	403,1	170,5
PAMPA HÚMEDA	17.237,6	3.346,0	6.573,2	6.222,6	1.095,8
ARGENTINA	26.341,0	5.345,6	7.863,6	8.230,0	4.901,9

Fuente: Indec, *Origen provincial de las exportaciones*, Vol. 1, 1998-2001, Buenos Aires, 2003.

[12] Gatto y Cetrángolo se refieren a la encuesta realizada a un panel de grandes empresas, que no cubre el sector agropecuario ni las entidades financieras. Los resultados de esa encuesta fueron publicados en el Panorama Económico Provincial, CEPAL, 2001.

siones, tienen también valores más altos que la media nacional.

Las manufacturas, ya sea de origen agropecuario o industrial, tienen una baja participación en el total de las exportaciones. Además, a pesar de que una parte sustancial de la estructura productiva del Norte se apoya en los complejos agroindustriales, su presencia en el sistema exportador nacional es mediocre, pues suma sólo el 4,0 por ciento del total de las exportaciones industriales de origen agropecuario del país. Sólo las provincias de Misiones y Tucumán (y en alguna medida Chaco) escapan a ese esquema. Esta situación se reitera en el caso de las exportaciones de manufacturas de origen industrial.

En general, el Norte no tiene una producción claramente diferenciada para incorporarse con ventajas en el contexto internacional y generar con ello una participación más importante en el total nacional; los caracteres de su estructura productiva –salvo contados casos– le impide aprovechar las ventajas de una mejor inserción (Gatto y Cetrángolo, 2003:32).

Buena parte de la bibliografía insiste en que esta situación resulta de un Norte funcional a los requerimientos de áreas más desarrolladas del país; en alguna medida el complejo algodonero o el que se estructuró en torno a la yerba mate –ambos inscriptos en el proceso de colonización de fines del XIX y comienzos del XX– podrían ajustarse a ese esquema de dependencia. Si así fuera, el horizonte previsto siempre se habría circunscripto a las necesidades nacionales, no al mercado internacional, pues la yerba se introducía en el escenario como medio para librarse de la dependencia brasileña.[13] Algo semejante habría sucedido en el caso del algodón.[14] Al margen de la política estatal un ejemplo de funcionalidad "privada" podría ser el de la explotación taninera, en Chaco y Formosa. Pero más allá de estos ejemplos –en apariencia claros– el esquema de la "funcionalidad" parece desdibujarse. El papel de las élites provinciales y sus interrelaciones con las sociedades regionales –de rasgos variados–, las decisiones públicas y privadas, la calidad del gerenciamiento, los niveles de responsabilidad en las distintas esferas, las relaciones de dominación, el papel del tradicionalismo, en fin, los procesos políticos y económicos nacionales e internacionales, atentan contra la sencillez de las respuestas.

De todas maneras, en ese contexto crítico, se explica –entre otros aspectos– que el Norte tenga los valores más bajos de las tasas de actividad, especialmente las provincias de Santiago del Estero, Formosa, Chaco y Corrientes. Son, efectivamente, las de mayor regresión productiva: entre las cuatro (con el 10 por ciento de la población nacional) generan el 4 por ciento del PBG del país y el 2 por ciento de las exportaciones. Por su parte, Salta y Tucumán –si bien con altas potencialidades– cuentan con dificultades que generan recurrentemente sus respectivas estructuras productivas agroindustriales. Misiones y Jujuy tienen también limitaciones productivas serias, con retraso tecnológico y limitaciones en las capacidades de gestión gubernamental (Gatto y Cetrángolo, 2003:54).

Stiglitz señaló que la austeridad fiscal, la privatización y la liberación de los mercados, fueron los tres pilares aconsejados por el "Consenso de Washington" que se pusieron en práctica durante los años 80 y 90 (2002:89). Describe en tal sentido los problemas generados por razones de pertinencia, modos y tiempos de aplicación de esta receta. La clase dirigente Argentina, con el visto bueno de la sociedad, optó por su aplicación –conjuntamente con otras medidas ad hoc– y, al mismo tiempo, obvió estructurar los controles para evitar uno de los problemas asociados, esto es, la corrupción. Esta asociación generó la crisis que se visualiza como la más profunda de la

[13] Cfr. Alfredo Bolsi, 1987, passim.
[14] Cfr. Enrique Bruniard, 1975-78, passim.

historia argentina. En el Norte, esta circunstancia acentuó las deficiencias de su estructura, producto de un proceso secular, y estructuró un escenario dominado por un fuerte incremento de la desocupación y de la pobreza.[15]

TABLA 11: La "Línea de Pobreza" en los aglomerados del Norte Grande Argentino. Proporción de población ubicada por debajo de la línea con respecto al total de la población.

AGLOMERADOS	1998	1999	2000	2001
CORRIENTES	49,3	51,0	52,4	58,8
FORMOSA	50,1	56,2	59,5	58,4
CHACO	56,3	52,0	53,5	58,0
JUJUY	58,0	53,9	50,4	57,3
MISIONES	44,2	44,9	49,5	53,8
SGO. DEL ESTERO	40,0	46,8	44,3	49,3
SALTA	39,8	44,6	45,9	48,3
TUCUMÁN	38,8	46,8	43,4	45,8
CATAMARCA	39,7	40,1	39,4	36,9

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Recuérdese que esta encuesta se realiza en las capitales provinciales. El cuadro 1 señala la proporción de población de cada capital con respecto al total provincial.

Dicho escenario, por otra parte, podría agravarse. En efecto, la población del NGA tiene una tasa de crecimiento natural elevado. El saldo de todas las provincias supera ampliamente el valor promedio del país (11,1%°). Misiones lo duplica. Las tasas de Corrientes, Catamarca, Formosa y Salta, como resultado de una natalidad alta, rondan el 20 por mil. El resto tiene valores inferiores, pero ninguno es menor a 15,9 por mil.

En un contexto regional de lenta generación de riqueza y fuerte desequilibrio en su distribución, en el de desaceleración de los procesos migratorios a los centros extrarregionales más dinámicos del país, y donde la estructura productiva se apoya fuertemente en las actividades agropecuarias y agroindustriales, puede conjeturarse que el desbalance entre recursos y población se habría de acentuar, haciendo aún más críticas las condiciones de vida de la población.

Los "grandes números", finalmente, definen muy bien la ubicación relativa del Norte en el contexto nacional. Parecen señalar, además, que recurrentemente la provincia de Formosa ocupa las peores situaciones, muy a menudo acompañada por Santiago del Estero, Chaco y Corrientes.[16] En el otro extremo, Salta y Tucumán aparecen en la mayoría de las circunstancias analizadas, como las que reúnen mejores condiciones relativas. Entre ambos extremos se ubicarían las restantes: Jujuy, Catamarca y Misiones.

Nuestra propuesta entiende que esta circunstancia –una estructura productiva débil pero principalmente una alta proporción de población pobre– sólo se agravó en la década de los 90. La pobreza ha sido dominante en su historia. ¿Cómo fue, entonces, la territorialización que engendró este contexto? En tanto que los caracteres territoriales expresan, como se señaló, la interacción entre sociedad y naturaleza a lo largo del tiempo, se hizo necesario rastrear en el pasado para localizar un "punto de partida", a sabiendas de que esa localización tiene siempre un condimento de arbitrariedad. Sin embargo, el Norte Grande Criollo,[17] pero principalmente sus formas

[15] Obsérvese, no obstante esta generalización, que la provincia de Catamarca no sólo es la "menos pobre"del conjunto, sino que –en este difícil fin de siglo– es la que expresa con más claridad una tendencia declinante de la desocupación. Las diferencias con Corrientes, otra de las provincias paradigmáticas del Norte, aumentaron de 9,6 por ciento a 21,9 por ciento en este cuatrienio.

[16] La proporción del gasto público provincial más nacional per cápita del PBG también per cápita podría confirmar esta situación. En Formosa alcanza al 84%; en Santiago al 71%; en Chaco al 69 % y en Corrientes al 66%.

[17] Para este caso este Norte criollo se ubicaría en torno de 1850.

de articulación con los períodos posteriores, podría proporcionar un conjunto de claves de alta significación para la interpretación del proceso.

INDIOS Y CRIOLLOS (MEDIADOS DEL SIGLO XIX)

Los procesos a través de los cuales las distintas sociedades indígenas se organizaron y construyeron sus territorios tuvieron una fuerte permanencia en el tiempo. A tal punto que a casi dos siglos de la conquista europea, en torno a mediados del XIX, el Norte se distinguía como un país de "corazón" indígena y dos extremos (oriental y occidental) en los que se reconocían articulaciones, fusiones y recomposiciones de ambas sociedades.

El país aborigen

En este núcleo el asentamiento europeo y luego argentino fue habitualmente periférico. Martín de Moussy contabilizó que entre 1567 y 1860 en esa periferia se habían instalado casi una veintena de fortines, establecimientos, misiones y reducciones (de Moussy, t. 3, p. 351).[18] Una de las excepciones de la norma, Concepción del Bermejo, no llegó a subsistir cinco décadas.

Varios de los pueblos indígenas del Norte Grande habían desaparecido en los años de M. de Moussy, ya sea por guerras internas, por las nuevas epidemias o por acción directa de la conquista; otros, se habían fusionado entre ellos. Pero en este territorio su dominio era casi exclusivo, donde había toda una constelación de formas de vida, de utilización de recursos, de estrategias de contacto con las poblaciones europeas y una casi común oposición al ingreso de extranjeros. En el NE, decía de Moussy, habitaban los Guayanas y Tupís;[19] en el Norte, los denominados genéricamente Guaycurúes; en el centro, los Tobas, enemigos de sus vecinos, los Mocovíes. Además vivían los Vilelas y los Churupís, que también se habían articulado con los pueblos de Corrientes. En el NW estaban los Matacos y los Mataguayos, y los Chiriguanos, que no eran nómades. Los Matacos trabajaban en las plantaciones de Salta y Jujuy (de Moussy, t. 2, p. 174 y t. 3, p. 329).

Pocos años después de la visita de M. de Moussy, la presencia extranjera se iría incrementando sustancialmente. De la mano del Estado, el territorio aborigen fue ocupado militarmente primero y en forma casi simultánea por la colonización nacional y la apropiación privada. La etapa de su derrumbe final ya había comenzado.

La mesopotamia

En el sector oriental del Norte, más allá de las instalaciones periféricas chaqueñas, la provincia de Corrientes había reconocido la presencia española desde el comienzo de la conquista. Los cambios fueron intensos, de manera tal que hacia 1860 la territorialización –si bien reconocía la persistencia de las sociedades indígenas, articuladas de diferente manera con la sociedad no aborigen– estaba dominada por la ganadería; era prácticamente la única actividad, decía de Moussy, entre los ríos Corriente y Miriñay, pero se extendía por todo el territorio. Para esos años, en efecto, la ganadería era la actividad principal de toda la Confederación y resultaba del nuevo pacto colonial, al decir de Halperin Donghi, donde la subordinación al capitalis-

[18] La población aborigen del resto del NGA que sobreviviera a las conocidas circunstancias de la conquista, se articuló de diversas formas con la población extranjera.

[19] La bibliografía sobre las poblaciones aborígenes es muy extensa. Para una información general sobre distribución y caracteres ver, por ejemplo, Branislava Susnik, 1976.

mo europeo, especialmente al inglés, era casi exclusivo.

La destacada presencia correntina en esta actividad estaba asociada con una importante transformación del uso de los recursos. Dice Maeder que desde mediados del siglo XVIII la práctica extensiva de las vaquerías había sido reemplazada por las estancias, un sistema donde la propiedad de la tierra y del ganado aseguraba un mayor rendimiento (1972, passim). A pesar de los inconvenientes –a veces graves– asociados con las alternativas políticas y bélicas del siglo XIX correntino, el stock ganadero creció rápidamente y ya en estos años prácticamente no hubo espacio provincial sin que ovinos o bovinos lo alcanzara (Bolsi y Foschiatti, 1995). Como resultado de ello la actividad había permitido que los saladeros de Capital y de Goya llegaran a producir unos 40.000 cueros anuales (de Moussy, t. 3: 131).

Por su parte, la agricultura tenía un lugar tal vez secundario en una sociedad de fuertes hábitos ganaderos. Sólo importaba, para la demanda local, el tabaco, la mandioca y las naranjas, en un ámbito dominado más por una agricultura de autoconsumo que comercial. Ningún producto de la agricultura, aseguraba M. de Moussy, se exportaba en ese entonces al extranjero, salvo la yerba mate silvestre, el vino, el azúcar, el trigo y las frutas secas que sólo se comercian en el interior (t. 2: 385). Por el contrario, un artículo importante era la madera para la construcción, para lo que se buscaba principalmente el quebracho colorado. Asociada con esta explotación, se había desarrollado una interesante actividad en torno a la construcción de barcos, canoas y lanchas (Whigham, 1997, passim).

Sin embargo, el trabajo de las 90.000 personas –según de Moussy– que habitaban estas tierras a fines de la década de 1850 no parecía ser suficiente para solventar los gastos del Estado; las diferencias debían ser cubiertas por la venta y el alquiler de las tierras públicas (de Moussy, t. 3: 131).

Más al oriente aún, la provincia criolla de Misiones había transitado un proceso mucho más traumático. Con la expulsión de los jesuitas, el territorio construido por la orden y los aborígenes,[20] entró en decadencia. Si en 1768 los pueblos correspondientes a esta provincia tenían casi 30.000 habitantes, en 1803 apenas superaban los 12.000. A partir de 1810 se acrecentó la lucha por ese espacio entre Paraguay, el Imperio de Brasil, la Confederación Argentina y sus provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe quienes reclamaron o tomaron posesión, pacífica o violentamente, del territorio misionero. Las guerras e invasiones terminaron por aniquilar la vieja estructura, a tal punto que de los 12.000 habitantes que había en 1803, sólo quedaban unos pocos centenares en 1830. En general, la extracción de la yerba mate utilizando mano de obra indígena y la cría de ganado conformaban dos débiles soportes para esta "nueva" territorialización. A ello se sumaba el beneficio de ser área de tránsito del comercio entre Itapúa (Paraguay) y San Borja (Brasil). Sin embargo, hacia 1850 el gobierno paraguayo –en virtud de los continuos problemas del área– decidió expulsar la población que se había instalado y mantener el territorio absolutamente desierto entre el Paraná y el Uruguay. La política de tierra arrasada –una de las más radicales destrucciones territoriales que se diera en esta parte del país– tuvo éxito pero momentáneamente pues el área fue repoblándose silenciosa y espontáneamente. Hasta 1870 se habían instalado 9 ingenios de yerba mate y tres de "fariña" en los pueblos del Uruguay y tres ingenios más en Candelaria. Esta revaloración generó interés en la adquisición de tierras y con las necesidades de aprovisionamiento generadas por la guerra entre Paraguay y la Confederación se

[20] En sus años de máxima expansión, los 33 pueblos con sus casi 130.000 guaraníes se distribuían en la actual provincia de Misiones, pero también más allá del Paraná, en territorio paraguayo y más aquí del Uruguay, en tierra brasileña.

reactivaron las actividades agrícolas y ganaderas. Al concluir la gran guerra concluyó también aquella tensión de frontera que ocupara buena parte de la primera mitad del siglo XIX. Hubo un renovado interés por la tierra, Posadas afianzó su papel de centro comercial y político, se acrecentó aún más la actividad ganadera y se reinició la explotación forestal y yerbatera (Bolsi, 1987:19-28).

Los criollos arribeños

En el extremo andino del Norte, se destacaban algunas diferencias. El predominio de la producción pecuaria de características simples y rudimentarias que se visualizara para todo el país no alcanzaba a ser tal en las comarcas del noroeste: había una fuerte articulación y muchas veces reemplazo por otras actividades económicas.

En Salta, por ejemplo, la producción de cereales y de vinos alimentaba un importante comercio interior y exterior. Las harinas de los valles Calchaquíes llegaban a toda la provincia y se vendían también en Tucumán. Producía y abastecía de azúcar a toda la provincia. De Moussy señalaba además que la exportación de cueros era limitada, pero que se compensaba con la cría de vacas, caballos, mulas y burros que se exportaba a Bolivia (de Moussy, t. 3: 265).

Esta situación de diversidad que describe M. de Moussy, resultó de una recuperación de la economía; en efecto, con el cercenamiento del hinterland altoperuano luego de 1810 los territorios del Noroeste habían perdido su condición de ser los más florecientes del país. Las guerras posteriores a esa fecha y las crisis asociadas empeoraron la situación y generaron una decadencia general de esta parte del territorio del Norte. Pero luego de 1830 y por un par de décadas, la economía general se recuperó –a partir de las actividades ganaderas– y con ello las economías regionales. El desarrollo de Buenos Aires habría dado nueva vida no sólo a Salta, sino también a Córdoba, Tucumán y otras ciudades (Rofman y Romero, 1997:101-108).

El ejemplo de Tucumán habría sido, tal vez, algo más complejo que el de Salta. Debido probablemente a una mayor presencia del campesinado, a un reparto más difundido de la propiedad de la tierra, a la creciente densidad de su población (que alteraba el equilibrio entre sociedad y recursos), a la fuerte tradición artesanal y a la complejidad de la estructura comercial, hacia la década de 1860 la actividad ganadera, que a principios de siglo era predominante, había sido reemplazada por el dominio de la agricultura; se ha conjeturado que el desarrollo de la manufactura azucarera, entre otras actividades, se articula con ese proceso y en ese contexto (Bolsi, 2000, passim). Sería por ello que M. de Moussy definió a Tucumán como la provincia más "industriosa" del interior argentino. El la conoció cuando la fabricación de azúcar –antes de las transformaciones del último tercio del XIX– ya casi dominaba su economía,[21] y a la vez generaba condiciones favorables para la instalación de otras industrias secundarias. Pero si bien el azúcar era dominante, no excluía del territorio otras prácticas agrícolas como por ejemplo el arroz, las naranjas o el tabaco, cuya producción alcanzaba para el consumo local y para la exportación. La tradición manufacturera se expresaba también en la fabricación de carretas, con un extenso mercado en el país o en las tenerías que cubrían buena parte de la demanda de cueros de Buenos Aires. Tucumán, decía M. de Moussy, está en la "vía del progreso" (t. 3: 244).

En el extremo Norte la provincia de Jujuy contaba con las ventajas de su cercanía con Bolivia, hacia donde exportaba animales en pié y charqui, y con Chile, hacia donde derivaba lanas y pieles. Tal vez como resultado de

[21] En esa época había 25 grandes fábricas y se producía un millón de kilogramos de azúcar.

una presencia indígena más fuerte, Jujuy tenía mayor desarrollo agrícola que Salta. M. de Moussy los identificó como "grandes agricultores" de quínoa y de papa. Además, como en todo el territorio del Norte, la caña de azúcar desempeñaba un papel importante en la economía jujeña. Los molinos, por su parte, daban cuenta de la producción cerealera y las tanerías de la ganadera.

En la descripción de Santiago del Estero, M. de Moussy puntualizó la carencia de desarrollo manufacturero, circunstancia única en el NGA. Pero destacó que la "broderie" muy delicada de las santiagueñas, los ponchos y otros tejidos alimentaban un pequeño comercio con el litoral. La agricultura, por su parte, le permitía abastecerse de harina y aún mantener un mínimo comercio con Córdoba y Tucumán; pero la producción de caña no le alcanzaba para cubrir las necesidades locales de azúcar, razón por la cual debía importarla de otras provincias; sucedía lo mismo con el tabaco y el arroz. En esta ruralia de fuerte campesinado, según Tasso, otras formas de uso de los recursos ponían la nota original de la provincia. Sus bosques, decía M. de Moussy, alojan un tipo de abejas salvajes que producen una miel excelente. Los "meleros" –seguramente otra de las persistencias del Norte– generaban también algún comercio con el litoral. Por último, al indicar que además se vendían "algunos cueros", daba a entender que su comercio no era tan destacado como el de las otras provincias.

Esta economía generaba ganancias muy débiles. Para un presupuesto "humilde" de 30.000 piastras, decía M. de Moussy, los ingresos eran de apenas 10.000. El cierre de la aduana, luego de 1853, había reducido drásticamente las entradas al erario (de Moussy, op. cit., t. 3: 213). Este era, en efecto, uno de los problemas más importantes de estos años: el interior, con una economía diversificada, se enfrentaba con el litoral monoproductor y librecambista, que desmanteló toda la estructura aduanera para erigirse en el único centro recolector. Las rentas de la aduana en Buenos Aires sólo favorecían al puerto (Cortés Conde, passim, Rofman y Romero, 1997:84-85).

En Catamarca, a su vez, provincia sometida al régimen más árido de todo el Norte, sólo cultivaba, por esa razón, bajo riego. Se retorna aquí a la alta diversificación del uso del suelo. Los frutales, las viñas, los olivos y la caña de azúcar, en torno a la capital. Más allá, en un esquema tal vez ordenado por efectos del costo/distancia, el tabaco y el algodón. Por último, aparecía el trigo, la alfalfa y el maíz. La manufactura –primitiva, según Latzina– se estructuraba principalmente en torno a la fabricación de vino y aguardiente, ampliamente conocidos en el Norte, y a las pasas de higo; también se hacían ponchos y mantas. A ello se le sumaba la producción de las minas de cobre de la sierra del Atajo (de Moussy, t. 1, passim y t. 3, passim.).

TABLA 12: Población, ingresos y presupuestos de las provincias del NGA, ca. 1859.

PROVINCIAS	POBLACIÓN	INGRESOS	PRESUPUESTO	ING./HAB. (PIASTRAS)
TUCUMÁN	40.000	60.000	60.000	1,5
CORRIENTES	90.000	90.000	160.000	1,0
JUJUY	40.000	30.000	s/d	0,75
SALTA	80.000	50.000	s/d	0,63
CATAMARCA	80.000	40.000	s/d	0,50
SANTIAGO DEL ESTERO	90.000	10.000	130.000	0,11
NORTE GRANDE	420.000	280.000		0,66
BUENOS AIRES	350.000	87.788.108 (a)	35.000.000 (b)	248,6

Fuentes: M. de Moussy, op. cit., passim.

El Norte Grande en la Argentina de mediados del siglo XIX

Así es que a fines de la década de 1850 casi medio millón de habitantes, según los cálculos de M. de Moussy,[22] movilizaba esta economía diversificada pero con alta dependencia del mercado del litoral. Según los datos de ingresos provinciales que proporciona el mismo autor (excluyendo a Misiones, Chaco y Formosa), el conjunto de las provincias del NGA tenía en esa época un ingreso de 0,7 piastras por habitante. Ese valor medio ocultaba diferencias importantes:

En efecto, Tucumán y Corrientes habrían tenido ingresos por habitante muy superiores a los de Catamarca y Santiago del Estero. Los de Corrientes, sin embargo, estaban incrementados por la venta y alquiler de tierras públicas; se trataría del único caso del conjunto, con lo que su situación encumbrada no reflejaría la situación real.

Desde luego, las estimaciones de M. de Moussy, incluidas las de población, no autorizan a reconocer en este cálculo una alta rigurosidad. Se puede señalar además y con razón que la solidez y eficiencia de los Estados provinciales pueden estar detrás de estas considerables diferencias, como así también el fuerte peso de amplios sectores de la sociedad norteña, especialmente del mundo campesino involucrado en aquella estructura paternalista. Sin embargo, permite definir un perfil aproximado de las diferencias (en el modo de ver la vida) con la provincia del puerto (dando una idea general de las distancias en la Argentina, en esa época que se expresarían en un ingreso de Buenos Aires 376 veces más elevado que el del Norte) y de las diferencias internas entre las provincias del Norte.

Pero se pueden reconocer otras diferencias. El Norte conformaba un territorio donde era posible distinguir la fuerte presencia de las estructuras coloniales en la mayoría de sus facetas, pero principalmente en lo que atañe a las relaciones de dominación; la persistencia del mundo indígena con diferentes formas de aculturación y articulación con el resto de los grupos humanos es también un rasgo propio: ello explicaría, entre otros aspectos, su acentuada fragmentación social; había un uso marcadamente diversificado de los recursos, prácticas que recogen las persistencias indígenas, los aportes europeos y la combinación de todas. El campesinado podía llegar a ser un componente habitual en la ruralia de varios sectores, especialmente en Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y en Corrientes. La manufactura era una actividad central; los viajeros reconocieron la fuerte participación de los nativos en el Norte, en contraste con el litoral, que estaba en manos de los extranjeros. Era, se destacó, una sociedad "tradicional". Un observador agudo como M. de Moussy identificó claramente al criollo del Norte, mestizo de tres grandes grupos (europeos, indios y negros), de la población de las ciudades litoraleñas; ésta, agregaba, "toma cada día ventaja de los hábitos europeos y se aproxima por consecuencia a la manera común de vivir en Europa. Pero en el interior, añadía, queda todavía mucho de las viejas costumbres españolas..." (t. 2:280). La Argentina histórica, reconocía Denís 80 años más tarde, "es un país doble: provincias del litoral y provincias andinas (de arriba) formaban dos mundos aparte, unidos –pero no fundidos– por la gran ruta de Buenos Aires al Perú..." (Denís, 1987:44-47). El valor de la propiedad rural a fines de la década de 1880 no sólo involucra una cuestión comercial: expresa también el peso de la consolidación del capitalismo en los diferentes sectores del país, pero

[22] No incluye en la lista a la población de Misiones, provincia que estaba sometida a la política de tierra arrasada impuesta por el gobierno paraguayo. Las cifras de Chaco y Formosa son fruto de estimaciones groseras según lo indica su autor. De acuerdo con los datos del censo de 1869, los cálculos de M. de Moussy no son muy erróneos; sólo hay diferencias apreciables en el caso de Tucumán (calcula una población menor a la que detecta el censo, de Santiago del Estero y Corrientes.

en el contexto de los significados que las sociedades atribuyen a sus territorios. En 1888 el valor de la propiedad rural de la pampa húmeda significaba el 80,5 por ciento del valor total de la propiedad rural de la Argentina. En contraste, el Norte Grande reunía sólo el 9,1 por ciento. Además, en el Norte Grande sólo el 2,8 por ciento del total cultivado tenía un valor de 7,35 piastras la Ha. La mitad de la superficie cultivada de la Pampa Húmeda costaba 30 piastras la Ha (Latzina, 1889:80 y subs.). La conjetura que aquí se plantea es que esta territorialización criolla, conjuntamente con las sociedades que la produjeron, presupone los rasgos sobresalientes del proceso posterior a esos años.

LA CONSOLIDACIÓN DEL CAPITALISMO (ENTRE 1870 Y 1930)

A partir de la década de 1850 la clase dirigente y la oligarquía argentinas, en el marco del proceso que ya se desarrollaba desde hacía un tiempo, llevaron a la práctica su propuesta de intensificar la apertura del país a la inmigración y a la entrada de capitales, incorporándolo como área productora en el esquema de la división internacional del trabajo. Como resultado de un proceso político complejo, poco tiempo después los efectos de esta decisión de incorporar el "progreso" se hicieron sentir primero en la pampa húmeda y más tarde en el Norte.

Las grandes inversiones extranjeras –muy intensas entre 1880 y 1914– fueron orientadas a cubrir las necesidades relacionadas con el desarrollo de los transportes (ferrocarriles, puertos, etc.) o con los sistemas de comercialización y la financiación del Estado. Por el contrario, las inversiones al alcance de los capitalistas locales se orientaron a cubrir las necesidades de la estructura productiva, como dicen Rofman y Romero (1997:114 y 129). La funcionalidad del esquema así concebido no parece haber sido unidireccional: expresa una decisión de llevar adelante un proyecto que generó una de las transformaciones territoriales y sociales más importantes del país. Además, el pacto fiscal entre el gobierno y los contribuyentes y el consenso sobre las cargas fiscales, como dice Cortés Conde, aseguró la gobernabilidad de la sociedad por lo menos hasta la crisis de 1930 (1998:22).

A partir de cierto momento, se dijo, las masivas inversiones radicadas en la pampa húmeda comenzaron a tener tasas de ganancias decrecientes. La solución se encontró en el incremento de las inversiones en el interior del país.

El sector "exportador", en efecto, avanzó muy pronto sobre esas provincias. El precio, dice Balán, incluyó la desaparición de algunas de sus economías por la competencia de la importación, pero incluyó también la modernización y el crecimiento de algunas estructuras productivas "tradicionales", que se ajustaron a la creciente demanda nacional. Al mismo tiempo, afirma que las oligarquías provinciales no eran "fuerzas inermes"; tuvieron poder de decisión, que ejercieron con claridad por lo menos hasta 1930 (Balán, 1978, passim). Ello implica que en varios casos la oligarquía regional pudo optar como lo hizo la nacional en su momento.

La modernización –o la creación, en algunos casos– de los principales complejos agroindustriales que hoy dominan el paisaje del NGA fue, en efecto, uno de los más importantes cambios que se produjeron entre fines del XIX y primeras décadas del XX. Pero también fue importante el proceso de apropiación de la tierra y asociado con esos dos ejes, el trazado de las líneas centrales de ferrocarriles y caminos que buscaron articular no tanto las comarcas del Norte entre sí como las del Norte con la pampa húmeda.

Los cambios –a su vez– se asociaron con el problema de la persistencia de las formas tradicionales de vida frente a las exigencias del modernismo. No sólo en lo relacionado con las actividades productivas sino además con

la conducta de los distintos sectores de la sociedad. Se produjeron, por lo tanto, desplazamientos de población, reemplazos, pero también diferentes formas de articulación entre lo "antiguo" y lo "nuevo". Así por ejemplo la persistencia de relaciones de dominación tradicionales en las modernas estructuras capitalistas fue muy común en la industria azucarera, por ejemplo, o en el complejo agroforestal de Santiago del Estero. Buena parte de la población fue sujeto de esta práctica pero más aún la población indígena de la Puna y principalmente la del Gran Chaco, que fue doblemente perjudicada pues el proceso de apropiación de la tierra les restó, además, espacio vital. Fueron los residuos del progreso.

Colonias, algodón y explotación forestal en el gran Chaco

El área de mayor impacto del proceso de apropiación de la tierra fue el gran Chaco, aunque amplios sectores de la Puna, a su vez, se vieron también sometidos a procesos semejantes.

Luego de la guerra con el Paraguay, y en muy poco tiempo, tanto el Estado como los particulares estructuraron un complejo mosaico fundiario dominado por las colonias estatales y privadas en el oriente del Chaco mientras que, debido a la liberalidad del sistema de concesiones, el interior fue repartido en grandes latifundios. Aún cuando entre 1891 y 1903 el Estado recuperó parte de esas tierras, la enajenación fue importante. En el Norte de Santa Fe la transferencia al sector privado fue total, mientras que en Santiago del Estero el mismo sindicato de capitalistas que había comprado casi dos millones de ha, debió organizar una expedición para reconocer el área y evaluar sus potencialidades. La cuenca del Bermejo (al Oeste del Chaco y Formosa) fue ocupada por ganaderos salteños y santiagueños quienes, según Beck, organizaron un sistema de grandes propiedades (1992: 109). En el interior del Chaco hubo un sector que quedó al margen de esta brutal transferencia a la gestión privada. Fue allí, en ese interior, donde se instaló más tarde el conjunto de colonias estatales que posibilitó el gran desarrollo agrícola-algodonero (Bolsi, 1985:44).

La expansión económica pampeana involucraba necesidad de leña, tanino, durmientes para los ferrocarriles, maderas en general y en particular para la construcción de puertos o para el tendido de los alambrados; este fue el incentivo de la explotación forestal diferenciada: oriente "taninero" y occidente "maderero".[23] Luego de unos años iniciales de exportación de rollizos a Europa, se comenzaron a instalar las fábricas en el Norte de Santa Fe. Pero fue cuando esta provincia liberó de impuestos a la extracción de maderas, en 1899, que se consolidó firmemente la estructura de La Forestal: en 1930 contaba con 14 fábricas, 700 kilómetros de vías férreas y 2.300.000 Ha de tierras propias (Bünstorf, 1982). Hubo más tarde un proceso migratorio de las fábricas hacia el Norte, a medida que se iba agotando la materia prima de su "hinterland". Muy pronto ocuparon el oriente chaqueño y luego el formoseño. A partir de 1930 diversos factores generaron la lenta agonía de la estructura.

En el occidente chaqueño, dice Tasso, la "nueva oleada capitalista se instaló sobre la economía preexistente tomando lo que le convenía y rechazando lo que no: aceptó las condiciones de vida de los trabajadores –precarias pero 'naturales'– y el sistema patronal hasta admitió el modo de vida y producción campesina, en tanto se conciliara con aquél" (Tasso, 2003:18). La producción tuvo un au-

[23] El área de explotación forestal excedía estos sectores. Denis decía, en 1920, que "desde los Andes de Tucumán y Salta hasta las costas del Alto Paraná, en el territorio misionero, el Norte de la Argentina una vasta cantera de explotación de maderas" (p. 135). Pero el volumen de la producción chaqueña excedía en mucho al de las demás áreas.

mento rápido: sólo en materia de durmientes, se pasó de 690.000 unidades en 1901 a 2.600.000 en 1907. Esta circunstancia requirió una creciente participación de mano de obra. En la década de 1940 el 20 por ciento de la población de Santiago vivía en las áreas de producción forestal; hubo, como decía Denís, una articulación (en los términos que señaló Tasso) entre los "antiguos focos de vida criolla donde se practicaba la agricultura en tierras de inundación" y los obrajes. Pero, de la misma manera que sucediera con la explotación oriental, el exterminio de la materia prima provocó el desplazamiento de la actividad hacia el NE de la provincia, para luego comenzar con su lenta declinación.

La expoliación de los bosques se debió articular con la actividad ganadera; pero en gran parte del Chaco occidental la colonización pastoril precedió a la explotación forestal; los ganaderos santiagueños, dijo Denís, se adelantaron a los hacheros y al ferrocarril, y solían cobrar a los obrajes un derecho de monte; la agricultura de los bañados sirvió de base para la penetración de los ganaderos. En el Chaco oriental, por el contrario, la delantera la llevó el obraje (Denís, 1987:153).

De una manera u otra, con la regresión forestal, las tierras se fueron vendiendo, en parte, a los distintos actores de la explotación forestal –muchos de los "boyeros" se transformaron en empresarios ganaderos– y otra pasó a manos de empresas que manejaban grandes estancias (Bünstorf, 1982, passim). Este reemplazo ganadero fue más positivo en el Este pues el régimen hídrico permitía una relación de 3 Ha por vacuno; en el Oeste, por el contrario, se requerían 8 Ha. Además, aquí la sobreexplotación agotó las pasturas naturales generando "peladares" que en muchos casos obligaron a los ganaderos a reemplazar los vacunos por caprinos, que por sus hábitos depredadores acrecentó la extensión de las manchas sin vegetación. Simultáneamente, el ganado actuó como agente migratorio del vinal que reduce el espacio ganadero.

Por eso el rodeo chaqueño oriental se incrementó mucho más velozmente sin generar grandes desequilibrios. A principios de siglo XX había unos 2,6 millones de vacunos y en la década de 1970 ya eran 6 millones (Bolsi, 1985: 52).

A su vez, la apropiación de la tierra para la colonización agrícola del centro chaqueño dio lugar al desarrollo de los cultivos de algodón, que habría de convertirse en la agroindustria más importante del gran Chaco. No existía en este caso –como en el del azúcar, del tabaco o incluso, de la yerba mate– una tradición chaqueña o un proceso previo en el que la agroindustria se instalara; resultó de la campaña estatal conducida por el ministro Tomás le Breton y propuesta a los inmigrantes europeos. Hasta 1921 se crearon colonias en el orden del millón de Ha, con lo que la población pasó de 20.000 habitantes en 1905, a 300.000 en 1935 (Bolsi, 1985: 57/58). Ya en esa época se había logrado el propósito de la inducción: el país se había liberado totalmente de la dependencia externa, por lo que la política de sustitución de importación de algodón había logrado su propósito.

Las "chacras" misioneras

La yerba mate también fue una agroindustria asociada con la colonización estatal (y privada) de Misiones de comienzos del XX; en realidad, ésta también fue una práctica inducida oficialmente pues toda la tradición indígena recogida por los jesuitas se había perdido a mediados del XIX.[24]

Como se señaló arriba, la paz con Paraguay aseguró la nueva ocupación argentina de Misiones. No sólo se incrementó el poblamiento espontáneo sino que, además, el Es-

[24] La domesticación de la planta, por ejemplo, requiere un proceso que los jesuitas habían logrado y aplicado con éxito en sus misiones. Con su expulsión, esta herencia se perdió.

tado (y empresas privadas también) iniciaron el proceso de colonización con la fundación de varios pueblos agrícolas. La base principal de la economía era la explotación de la yerba mate (de los manchones naturales, de tamaño reducido) y del bosque. En un contexto de rápido crecimiento del consumo, Brasil fue dominando paulatinamente el mercado nacional pues sus yerbales naturales eran mucho más extensos. La producción paraguaya también participaba activamente en el mercado nacional. En esa circunstancia la intervención del Estado fue decisiva. A partir de 1898 y sobre la base inicial de la colonia Apóstoles de 25.000 Ha, la superficie colonizada alcanzó casi las 500.000 Ha en 1921. Algunas de las colonias eran exclusivamente yerbateras. El territorio cultivado total era de unas 14.000 Ha en 1895, para pasar a 36.000 Ha en 1920. En esos años se iniciaba también, una vez resuelto el problema de la domesticación, la historia de la yerba mate cultivada: se contabilizaron las primeras 16 Ha en 1903 y en 1920 ya había 4000 Ha.[25] La sustitución de importaciones ya había comenzado también en la ruralia misionera.

Estancias correntinas

Entre el Chaco y Misiones, la dirigencia correntina optó por no inmiscuirse plenamente en el proceso de colonización e inmigración. Sólo en la década de 1850 su gobierno alentó planes de colonizar tierras públicas, pero pronto la venta de esas tierras se convirtió en una inmediata e importante fuente de recursos para el erario.

Aún cuando la ganadería fuera la actividad principal, la diversidad del uso del suelo era un rasgo generalizado de su territorio en estos años. Los cultivos industriales como la caña de azúcar, el algodón, el tabaco y otros cultivos como los cereales o el arroz llegaron a tener relevancia durante el XIX. Pero probablemente el peso del tradicionalismo –o, eventualmente, la falta de capitales– impidieron a los correntinos hacer una exitosa competencia a la producción algodonera chaqueña, a la del azúcar de Tucumán y a la de los cereales de la pampa húmeda. Ya en 1930 casi ninguno de esos cultivos subsistía como fuente importante de recursos, salvo los de tabaco que se consolidaron en el área de Goya y los de yerba mate que en torno a ese año comenzaron a desarrollarse en el NE provincial.

De esta manera, la actividad ganadera se consolidó aún más. Entre 1830 y 1888 el número de cabezas de ganado había pasado de 200.000 a casi dos millones. La relación que en el extremo de 1830 era de 3.5 cabezas de ganado por habitante, en el otro era de 8, aún cuando la población se había multiplicado por 4 en un período similar.

Pero es sabido que la ganadería –especialmente la practicada en Corrientes, de carácter rudimentario– es una actividad de gran consumo espacial e incompatible con un poblamiento sostenido. La relación calculada por Forni –para tiempos más actuales– era de 5.000 ha, 5.000 vacunos y no más de media docena de empleados. En la década de 1930 el 70 por ciento de los vacunos eran criollos sin mestizar. Poco tiempo después, la ganadería ocupaba más del 60 por ciento de la superficie productiva de Corrientes, mientras que sólo el 4 por ciento se destinaba a la agricultura. (Bolsi, 1985:11).

[25] En estos años iniciales ya se había construido la estructura básica del territorio misionero: las colonias agrícolas (privadas y estatales), las grandes propiedades de uso mixto y las tierras fiscales. Pero fue en las colonias donde la economía se desarrolló prontamente. En sus lotes, se fue gestando lo que se denominó la "chacra" misionera; sobre la base principal de los cultivos de yerba, la chacra había incorporado luego el tung y más tarde el te. Pero también el maíz, las legumbres; el ganado bovino en el "gramado" y el ganado porcino. La chacra, así, se constituyó en un universo autoabastecido pero que participaba activamente en el mercado nacional. Miríadas de estas explotaciones definían el territorio misionero (Bolsi, 1987:237).

Complejos agro-azucareros

En el Oeste, en las provincias de Jujuy, Salta y Tucumán –como en Corrientes– la transferencia de tierras y la colonización no conformaron el hecho central de la consolidación del capitalismo; antes bien, lo central fue la transformación de una manufactura tradicional en otra moderna en el contexto de los cambios generales del país. Esa adaptación tuvo profundas connotaciones territoriales expresadas en la construcción de dos grandes complejos agroindustriales.

Se ha señalado, en efecto, que los territorios agroindustriales del Norte (Jujuy y Salta) y de Tucumán, difieren en sus medios naturales, pero principalmente en las formas de uso y de reparto que histórica y actualmente ambas sociedades hacen de dichos medios.

Esto puede observarse a través del poder económico, sin parangón en el Río de la Plata, que hacia fines del período colonial ostentaba como dueña de la tierra la *elite* del Norte, en contraste con los grupos dominantes tucumanos integrados principalmente por mercaderes, donde la tierra estaba bastante subdividida y ocupada por una creciente clase campesina. Este carácter distintivo de ambos paisajes puso –desde sus inicios– una distancia casi insalvable entre ambos mundos agroindustriales.

Además, el complejo azucarero del Norte se desarrolló en un área de fronteras, de población escasa, dominada por extensas haciendas, fortines, presidios y reducciones. Por el contrario, la actividad cañera tucumana creció en el corazón campesino, correlativa con una transformación donde una labor agrícola en aumento asociada con la agroartesanía local, como la elaboración de azúcares, se abría paso sobre una otrora dominante actividad ganadera. En ese contexto se diseñó la base de la actividad azucarera que dominaría la economía tucumana luego de la tercera década del siglo XIX.

El paisaje agrícola tucumano, entonces, se estructuró sobre la base de un "trípode funcional" (las fábricas, los proveedores de materia prima –que desde los inicios de las actividades conformaron un sector separado de la industria– y los obreros) a los que se le agregó luego la persistente y masiva acción del Estado, mientras que en el Norte la estructura central era el ingenio-plantación en la que se asocian la propiedad agrícola productora de materia prima y la fábrica. Si bien el Estado y los obreros se sumaron a esta estructura, el perfil de la plantación no se desdibujó en el Norte.

Hacia los últimos años del siglo XIX la agroartesanía, si bien persistía, ya había sido reemplazada en buena medida por la agroindustria, montada al amparo de los aranceles y sobre la base de una radical innovación tecnológica viabilizada por una importante inyección de capitales.[26] Los cambios tuvieron mayor alcance en Tucumán. Hasta 1895, cuando se produjo la primera crisis de superproducción, en el Norte se habían instalado 4 ingenios y 35 en Tucumán. La demanda de materia prima fue entonces más imperiosa en esta provincia donde la superficie cañera había aumentado más de 30 veces entre 1872 y 1895 mientras que en el Norte había subido sólo 5 veces, hasta algo menos de 3.000 has. Además, las casi 55.000 has de Tucumán estaban repartidas en 2.600 cañeros, lo que arrojaba un promedio de 20 has por explotación. En Jujuy, con 16 propiedades, el promedio era 6 veces y media más alto que en Tucumán.

Si se ha destacado la crisis de 1895 es porque en ese año no sólo se rompió el equilibrio entre los actores del mundo azucarero sino porque a partir de entonces el Estado, que de alguna forma ya se había hecho pre-

[26] Balán calculó, sobre la base del censo de 1914, que los capitales invertidos en las agroindustrias argentinas (azúcar, vino) fueron de un volumen comparable a los de las industrias pampeanas. (Balán, 1978).

sente a través de los aranceles aduaneros y de otras medidas, iría cobrando una importancia creciente –inédita– principalmente a través de sus propuestas regulatorias hasta convertirse en uno de los actores decisivos de los complejos azucareros, aunque con especial incidencia en la agroindustria tucumana. Se ha dicho, al respecto, que la diferente forma de articulación de estos actores (industriales, cañeros, obreros, Estado) definieron los caracteres del proceso azucarero en el cual las crisis fueron la situación dominante.

Por otra parte, la activa y creciente participación del Estado a partir de estos años podría estar señalando el paso de los que Popper llamó el "capitalismo sin trabas" hacia el "intervencionismo político". No significa ello la ausencia estatal previa a esta fecha; pero a partir de 1895 el Estado avanzó sistemáticamente sobre cada uno de los aspectos centrales de los complejos azucareros.

Las diferencias en la construcción de ambos paisajes tuvieron diversas consecuencias. Por una parte, el complejo tucumano ha sido más frágil frente a obstáculos y problemas tanto de orden natural como de cambios bruscos en los mercados. En contraposición, el intervencionismo, en lo que hace la ingeniería social, encontró en Tucumán un campo más fecundo para mitigar los efectos de las crisis. Asimismo, el Norte tuvo tradicionalmente menor peso político que Tucumán, que contaba con una industria mucho más integrada a la provincia. Esta condición cambió gradualmente y se sostiene que hoy en día el Norte tiene una mayor presencia en el escenario nacional.

Persistencias en Catamarca

A su vez, todo pareciera indicar que la clase dirigente de Catamarca habría preferido mantenerse algo al margen de los cambios de esta época. O, al menos, la magnitud de los que se produjeron no llegó a impactar en el proceso territorial, incluido el social, como en el caso de la transferencia de tierras y la colonización en el Este, o de la adecuación de las agro manufacturas del Oeste.

Los oasis de Catamarca (y de La Rioja) apenas se transformaron, decía Denis en 1920; la vida conserva algo de arcaico que no se conserva en ninguna otra parte de la Argentina. Hoy, "...se explota el suelo según tradiciones que en parte remontan a los indígenas. La industria de los arreos de ganado y de engorde, que antiguamente fue para el país la fuente principal de riqueza, aún se practica ante nuestros ojos." (Denis, 1987:78)

La *coltura promiscua* dominaba el paisaje agrario, donde el agua, que "...corre por acequias empedradas con cantos rodados..." era de dominio privado.[27] Emparrados y alfalfares compartían el espacio y el agua. Junto con los cereales y la cría de ganado, cada huerta mantenía a una familia. La fábrica de vino y aguardiente completaba la economía que, a su vez, daba lugar a otras actividades productivas dependientes.

El comercio, muy activo, se estructuraba sobre la articulación de recorridos cortos y largos, de "vieja tradición en los Andes": El ferrocarril no había podido cubrir la intrincada red de destinos del comercio, como así tampoco el tráfico de ganado en pié con Bolivia y Chile. Entre 1910 y 1914 se habían exportado a Bolivia hasta 15.000 asnos por año, 8.300 mulas y 6.600 vacunos. (Denis, 1987, passim).

La participación catamarqueña en la producción de riqueza, según se vio más arriba, es menguada y probablemente se vincule con la reducida dimensión de los cambios en las estructuras productivas que se produjeron en estas décadas en casi todo el Norte. Al mismo tiempo, es la provincia que actualmente cuenta

[27] Esta práctica permitía el uso y el abuso del recurso por parte de los propietarios generando una duplicación (agua y tierra) y superposición de derechos.

con los niveles más bajos de pobreza en la región. No sería posible asociar este rasgo con la debilidad de la consolidación del capitalismo en la provincia pues esto mismo caracterizó a la provincia de Corrientes, donde se ha localizado uno de los "núcleos duros" de la pobreza regional. Se podría asociar con los rasgos propios, originales, de su estructura económico-social.

Siete décadas de consolidación del capitalismo

Se puede conjeturar que a pesar de los cambios significativos producidos durante estos años, el resultado del proceso de consolidación del capitalismo en el NGA fue mediocre. Algunos de los testimonios podrían ser los siguientes:

1. En términos de población el NGA creció algo más de dos veces entre 1869 y 1914, período en el que ya se habían realizado –o, al menos, comenzado– las transformaciones más importantes. En ese lapso el total argentino había crecido el doble que el Norte. Ninguna de sus provincias, por otra parte, alcanzó el ritmo nacional. Aún la excepción, Tucumán, había crecido 3 veces. En un lapso más amplio, ajustándose a la tiranía censal pero considerando que en 1947 los efectos del período de consolidación –que se prolongó en el norte más allá de los procesos pampeanos– todavía se encuentran activos, la diferencia se acrecienta. En efecto, si la población del Norte había crecido 5 veces, la de Argentina (sin considerar la del Norte) lo hizo 10,6 veces. La única excepción fue la provincia del Chaco, que se encontraba en el cenit de su desarrollo económico generado por la conjunción de la actividad forestal (aún cuando ya había iniciado su decadencia), la agroindustria algodonera y la ganadería.
2. A mediados de la segunda década del siglo, cuando ya se había efectuado buena parte de la inversión, la actividad agrícola o agroindustrial del Norte señalaba decididas diferencias con los rasgos del país. En efecto, contando con el 17,5 por ciento de la población y el 28 por ciento del personal ocu-

TABLA 13: La industria en el Norte Grande Argentino. Inversión y producción (1914).

PROVINCIAS	1	2	3	4	5	6	7
TUCUMÁN	89.200	788	113.200	115.197	143.995	345,9	Azúcar
CHACO	24.000	186	129.032	9.532	51.247	207,2	Obrajes/azúcar
JUJUY	30.000	197	152.300	13.514	68.600	175,5	Azúcar
MISIONES	7.000	288	24.305	5.749	11.961	107,3	Obrajes/yerba
FORMOSA	2.700	92	29.350	1.129	13.355	64,7	Obrajes
SANTIAGO DEL ESTERO	16.000	624	25.600	16.375	26.242	62,5	Obrajes
SALTA	12.700	2297	5.500	8.644	3.763	60,9	Vino/tejidos
CORRIENTES	10.500	768	13.671	13.032	16.969	37,6	Pan. /construcción
CATAMARCA	8.000	1361	5.900	2.693	1.978	26,7	Vino/tejidos
LOS ANDES	1.100	38	28.947	10	263	s/d	Tejidos/minería

Fuente: Censo 1914. Columna 1: inversión por provincia, en miles de pesos; 2: número de establecimientos; 3: inversión por establecimiento; 4: valor de la producción, en miles de pesos; 5: Valor de la producción por establecimiento; 6: valor de la producción industrial por habitante; 7: principal rubro de inversión.

pado en las explotaciones agropecuarias, sólo se había invertido allí el 6,4 por ciento del total en materia de máquinas y enseres.[28] Ello significaba $m/n 18,3 por habitante, en contra de $m/n 66,4 de la pampa húmeda ó $m/n 51,4 de Argentina (Censo 1914, t. V:573-585). Esta circunstancia no habría de variar sustancialmente en décadas posteriores.

3. Algo semejante ocurría con la industria. Según los datos del censo de 1914, el NGA reunía sólo el 13,6 por ciento de los establecimientos del país, el 11,2 por ciento del capital invertido y el 10 por ciento del valor de la producción. En el interior regional, a su vez, las diferencias eran importantes:

4. La consolidación del capitalismo en el proceso de industrialización tuvo efectos muy dispares en el NGA. Por un lado, se observa el alto nivel de Tucumán que triplica al a su vez importante volumen de inversiones de Jujuy o, más aún, del Chaco. Es más de 80 veces superior al de la puneña gobernación de Los Andes. Un agente movilizador de las inversiones de las dos provincias más destacadas en este aspecto es el azúcar,[29] y era un componente importante en la tercera, conjuntamente con el rubro obrajes. El nivel de inversiones por establecimiento indica la preeminencia de Jujuy, Chaco y Tucumán, que se separan notablemente de los niveles más bajos de Catamarca y Salta.[30]

5. Por otro, el valor de la producción industrial por establecimiento destaca claramente la preeminencia de la provincia de Tucumán; sin embargo, nuevamente las jurisdicciones de Jujuy y Chaco integran el nivel más alto luego de Tucumán. Coinciden también las provincias de Salta y especialmente Catamarca en ubicarse en el extremo opuesto. Pero mucho más crítico era el caso de la gobernación de Los Andes: con una inversión por establecimiento ubicada en el rango medio de la región, el producto era el más bajo del Norte. Si no se trata de un error censal, en este caso podría ponerse de manifiesto el bajo rendimiento tecnológico de sus establecimientos.

6. Por último, el valor de la producción industrial por habitante pone de manifiesto algunos problemas. Por un lado el caso emblemático de las provincias de Corrientes (347.055 habitantes) y de Tucumán (332.933 habitantes) que eran las más pobladas del Norte en 1914; pero la relación de esta última era casi diez veces superior a la de Corrientes, donde no se habían hecho grandes inversiones. Aún con valores algo más bajos que Tucumán, las provincias de Chaco y Jujuy se instalan en el tercio más alto de producción por habitante, al tiempo que también la provincia de Misiones se destacaba en el segundo tercio. Los valores más bajos correspondían a las provincias de Corrientes y de Catamarca (a las que se sumaba la gobernación de Los Andes). Por otro, se habrían constituido cuatro grupos de provincias según la relación producción/habitante: el primero reunía el 71,1 por ciento del capital invertido en el Norte; el común denominador de estas tres provincias (Tucumán, Chaco y Jujuy) era la inversión en la agroindustria azucarera, con el agregado del rubro "obrajes" en el Chaco. El segundo, era el de provincias con inversión dominante en obrajes y yerba mate. Se constituía por las provincias de Misiones, Formosa y Santiago y reunían el 12,6 por ciento del capital

[28] Los valores más altos correspondían a las provincias del Chaco, Corrientes y Salta ($ m/n 26,1; 24,8 y 23,4, por habitante, respectivamente), en tanto que los más bajos eran los de Formosa y Catamarca ($m/n 7,9 y 9,8).

[29] Esta información debe ser tomada con cautela, pues la provincia de Salta conformaba el grupo que en estos años era sede del importante desarrollo azucarero.

[30] Estas provincias tenían un elevado número de establecimientos; entre ambas, sumaban el 55 por ciento del total regional. Puede conjeturarse que se debía a la gran difusión de las manufacturas. El caso de Salta, por otra parte, integrante del mundo azucarero del Noroeste, no acusaba todavía los efectos de la inversión en ese rubro.

regional. El tercero, estaba integrado por Salta, Corrientes y Catamarca. Salvo el caso de Corrientes, algo confuso en la definición del censo, el destino de la capitalización de Salta y Catamarca había sido el vino y los tejidos. Los Andes, de nivel más reducido de todos, había orientado sus inversiones en tejidos y minería.

7. En estos años, pues, la consolidación del capitalismo en el Norte se expresaba principalmente a través de la territorialización de los complejos azucareros (Tucumán y Jujuy) y, en Chaco, en la de la explotación forestal y de la explotación azucarera. Los resultados, medidos a través del valor de la producción por habitante, eran los más destacados de la región. Por el contrario, aquellas estructuras territoriales organizadas sobre la base de la producción tradicional (Salta, Corrientes, Catamarca -y en alguna medida Los Andes) ponían de manifiesto un valor por habitante casi 6 veces menor que Tucumán en la primera, más de 9 veces en la segunda y 13 en Catamarca. La explotación forestal, por su parte, había logrado un nivel de producción por habitante que ubicaba a esas provincias en el rango intermedio. El caso del Norte de Santa Fe, por ejemplo, o del departamento de Tapenagá en el sur chaqueño, son testimonios, sin embargo, del proceso de despoblación y empobrecimiento cuando la expoliación cesa.
8. Un análisis más detenido de la provincia de Tucumán, donde el complejo azucarero había impulsado el más alto valor de la producción por habitante, nos enfrenta con otro problema que define el perfil mediocre del proceso. Ese valor, según se vio, era 40 por ciento más elevado que el del Chaco, ubicado en segundo lugar, y casi el 93 por ciento que el de Catamarca. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los dirigentes, de los gremialistas y de algunos empresarios, el nivel de vida de la población tucumana era críticamente bajo, deficiente. En efecto, si tomamos a la mortalidad infantil como una de las expresiones del nivel de vida de la sociedad, los valores de ese indicador durante la segunda década del XX se mantenían en el nivel pretransicional, esto es, el que denuncia rangos de ingresos muy bajos y la ausencia notable de la ingeniería social que busca atenuar los efectos de la muerte. Si bien, como se demostró, el área cañera de Tucumán fue la primera, en el Noroeste, en iniciar el descenso de la mortalidad, lo hizo casi medio siglo después que la pampa húmeda. Existen muy pocas diferencias en el comportamiento de la mortalidad infantil en las otras provincias (Bolsi y Ortiz, 2001).
9. El valor de de la producción industrial por establecimiento, por otra parte, ubica a Tucumán en los mejores niveles nacionales. Podría conjeturarse que esta altísima concentración, más que el valor de la producción por habitante, que ubica a la provincia entre los niveles más bajos del país, es más ilustrativa de la circunstancia tucumana en estos años; estos valores de concentración de la riqueza, que se repiten (según se demostró con los niveles de la mortalidad infantil) en toda la sociedad, podría haber sido el resultado de la instalación del capitalismo pero, a la luz de la comparación con otros sectores del país, se trataría principalmente del resultado del proceso de la consolidación del capitalismo moderno en una matriz social con relaciones de dominación tradicional.

TABLA 14: Norte Grande Argentino. Capacidad económica por habitante, 1937 Buenos Aires=1000.

JURISDICCIÓN	Capacidad económica
PAÍS	731,2
JUJUY	441,7
TUCUMÁN	399,7
SALTA	397,1
CORRIENTES	214,2
SANTIAGO DEL ESTERO	96,8
CATAMARCA	94,6

Tomado de Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina*, B.A, 1943, p. 217. Esta fuente no incluye las restantes provincias del Norte.

10. Cuando la Argentina transitaba hacia el período que se caracterizó como el de sustitución de importaciones, la capacidad económica de las provincias del Norte, en 1937, ponían de manifiesto la pobreza de su estructura en el contexto del país, pero especialmente con respecto a la pampa húmeda; persistían, por otra parte las mismas diferencias internas que se observaban casi un cuarto de siglo atrás.

Las economías de Santiago del Estero y Catamarca, junto con Corrientes, eran - como en 1914, las de más reducida capacidad. La única diferencia consistió en que la estructura productiva de Salta, ahora potenciada por el complejo azucarero, había saltado a los primeros rangos.

11. Los trabajos de José Elías Niklison publicados principalmente por el Departamento Nacional del Trabajo a principios del siglo XX pueden ser tomados como testimonio del otro grupo humano perdedor en este proceso. La población indígena del NGA, si bien objeto de preocupación por parte de entidades de diverso género, sufrió –cruelmente, por la debilidad e ineficacia de tales preocupaciones– los efectos de las transformaciones que se asociaron con la consolidación del capitalismo en el área.

LA PERSISTENCIA DE LA MARGINACIÓN (ENTRE 1930 Y 1980)

Si bien es correcto afirmar que durante estas décadas se hicieron grandes esfuerzos en educación, salud, obras públicas, capitalización, emprendimientos, diversificación, nuevos cultivos, tecnificación, etcétera, y que la territorialización regional de los '80 era más compleja y rica que la de los '30, también sería cierto que, al cabo de medio siglo, esto es, en un plazo considerable en términos de procesos económicos, políticos y territoriales, la situación relativa del Norte, con respecto a regiones más desarrolladas del país, no habría variado en lo sustancial. Sigue, de hecho, siendo la más rezagada en numerosos aspectos y al final del siglo XX lo fue mucho más en lo social. Podría conjeturarse también que se habría instalado en la sociedad y en sus dirigentes la devastadora creencia de que esta situación sería ineludible, como si estuviera en la naturaleza de las cosas. En tal caso, habría dominado una "lógica" en la cual la externalidad desempeñó un papel decisivo.

TABLA 15: Norte Grande Argentino. Producto interno bruto en 1953

PROVINCIAS	PROD. PER CAPITA	PART. EN TOTAL NACIONAL
Tucumán	67	2,5
Chaco	67	1,8
Corrientes	48	1,4
Salta	59	1,1
Sgo. Estero	41	1,1
Jujuy	76	0,8
Misiones	49	0,8
Formosa	60	0,5
Catamarca	37	0,3
NORTE G.	10,3	
PAMPA H.	80,0	

Fuente: CFI Instituto Torcuato di Tella, Relevamiento de la estructura regional de la economía argentina, Bs. As., 1963, vol. II. Citado por Rofman y Romero, op. cit.:193

TABLA 16: Norte Grande Argentino. Participación en el PBG total y PBG por habitante. Comparación con la Pampa húmeda. Año 1980.

JURISDICCIONES	PBG TOTAL (%)	PBG POR HABITANTE (ÍNDICE: CAP.FED.=100)
Tucumán	2,8	33
Salta	1,5	25
Corrientes	1,4	24
Jujuy	1,3	36
Misiones	1,2	23
Chaco	1,2	20
Santiago del Estero	1,0	17
Catamarca	0,5	23
Formosa	0,4	16
NGA	11,3	
Pampa húmeda	74,0	

Fuentes: Manzanal y Rofman, op. cit.:18.

"Desarrollo" y asimetría

Los desequilibrios señalados por Bunge (ver cuadro 14) para la década de 1930 –que a su vez se asemejaban a los de un cuarto de siglo atrás– persistían en la década de 1950, cuando el NGA participaba con apenas el 10,3 por ciento en el producto interno bruto.

La proporción se reiteraría casi tres décadas más tarde. Además, la situación relativa de algunas provincias en el ordenamiento regional parece ser inamovible, como por ejemplo Formosa y Catamarca, en el extremo de menor participación, y de Tucumán, en el opuesto.

TABLA 17: Norte Grande Argentino. Superficie sembrada promedio (1979/1982) e incremento desde 1960/1962

JURISDICCIÓN	SUP. 1979/82 (HA)	INCREMENTO ENTRE 60/62 Y 79/82 (HA)	CRECIMIENTO C/R 60/62 (%)	PROPORCIÓN S/TOTAL INCREMENTO DEL NGA
CHACO	744.770	154.850	26,2	20,9
TUCUMÁN	404.220	163.720	68,1	22,1
SANTIAGO DEL E.	291.320	119.070	69,1	16,1
SALTA	267.100	174.970	189,9	23,6
MISIONES	260.850	40.460	18,4	5,5
CORRIENTES	179.310	620	0,3	0,08
FORMOSA	129.870	44.520	52,2	6,0
JUJUY	75.670	37.500	98,2	5,0
CATAMARCA	10.390	5.110	96,8	0,7
NORTE GRANDE	2.363.500	740.820	45,6	99,9
P. HÚMEDA	16.472.910	2.284.960	15,8	
R. ARGENTINA	22.506.820	3.498.960	18,4	

Fuente: CEPAL, "Principales consecuencias socioeconómicas de la división regional de la actividad agrícola", Buenos Aires, Documento de Trabajo n·17. Buenos Aires. Citado por Manzanal y Rofman, 1989:30. Elaboración propia.

TABLA 18: Norte Grande Argentino. Evolución de la superficie (Ha) y del valor de su producción agraria. 1960-1980. En millones de pesos a valores de 1960. Comparación con la Pampa húmeda.

JURISDICCIONES	PROMEDIO 1960-1962			PROMEDIO 1980-1982		
	Sup. (Ha)	Valor	Valor/sup	Sup. (Ha)	Valor	Valor/sup.
CATAMARCA	5.280	162	30,7	10.390	456	43,9
CORRIENTES	178.690	1.763	9,9	179.310	2.230	12,4
CHACO	589.921	2.884	4,9	744.770	2.685	3,6
FORMOSA	85.350	480	5,6	129.870	625	4,8
JUJUY	38.170	2.330	61,0	75.670	3.495	46,2
MISIONES	220.390	2.419	11,0	260850	2.616	10,0
SALTA	92.130	3.008	32,6	267.100	3.004	11,2
S. DEL ESTERO	172.250	747	4,3	291.320	1.614	5,5
TUCUMÁN	240.500	4.565	19,0	404.220	7.306	18,1
NGA	1.622.680	18.358	11,3	2.363.500	24.031	10,2
PAMPA HÚMEDA	14.187.950	49.539	3,5	16.472.910	73. 759	4,5
R. ARGENTINA	19.007.860	87.051	4,6	22.506.820	116.076	5,2

Fuente: Ídem tabla 17. Elaboración propia.

De la misma manera también permanecen Formosa y Santiago del Estero como las provincias de más bajo PBG por habitante del Norte Grande.

La asimetría persistente de este medio siglo no fue fruto de la inmovilidad regional, sin embargo. Hubo –como se señaló arriba– transformaciones en las estructuras productivas y una de las más importantes derivó de la ampliación de la superficie cultivada, que resultara de la "pampeanización" del Norte. Entre 1960 y 1980 esa superficie se incrementó en más de 740.000 Ha.

En otros términos, aquella ampliación significó más del 45 por ciento con respecto a la superficie de dos décadas atrás. El orden de los cambios fue importante; en el mismo período la superficie cultivada de la pampa húmeda creció en menos del 16 por ciento. Esas modificaciones se tradujeron en un aumento de la participación del NGA, en la superficie cultivada del país, del 2 por ciento (8,5% a 10,5%), en tanto que la pampa húmeda disminuyó de 74,6 a 73,2 por ciento.

En el interior regional las dimensiones del cambio fueron de alto impacto espacial. El mayor, asociado con avance agropecuario iniciado en 1965, se ubicó en Salta, donde se acumuló casi un cuarto del avance regional del período. En ese orden, la participación en el incremento regional de Tucumán, Chaco y Santiago del Estero fue, también, significativa: conjuntamente con Salta, dieron cuenta del 83 por ciento de la expansión de esos años. Esto contrasta con la inmovilidad correntina.[31] Por otra parte, la duplicación de la superficie cultivada en Jujuy y Catamarca no tuvo, como puede verse, más que un efecto muy reducido en el total general.

Pero en lo que se refiere al valor de la producción agraria del Norte Grande, los cambios de estos años fueron de índole más compleja y de impacto mediocre.

La participación del valor de la producción agrícola del NGA en el total nacional no ha variado en estos años (21,1% en 1960 y 20,7 en 1980); el incremento de su superficie cultivada no tuvo un efecto visible por que fue compensado por un incremento tres veces superior de la superficie de la pampa húmeda en ese período; por otro lado, el alto peso relativo que tiene el valor de los cultivos industriales o los de riego evitaron que la caída de su participación, en esos años, fuese mayor. Ello queda evidente en las marcadas diferencias que se observan al relacionar dicho valor por unidad de superficie.

En casi todas las provincias del NGA –salvo muy pocas excepciones– el valor de la producción por unidad de superficie disminuyó o se mantuvo a pesar de haber aumentado en casi todas ellas la superficie agraria total. Sería el efecto del reemplazo (como en Chaco o Formosa), de los cultivos industriales por los pampeanos, o de su simple avance. De allí que, a pesar de las 700.000 nuevas Ha que se dieron en estos 20 años y de los más de 5.600 millones de incremento de su valor, la participación relativa de la superficie apenas subió y la del valor disminuyó.

La producción pecuaria en estos años también reconoció cambios. Tal vez el más importante consistió en un considerable incremento en la participación del valor de su producción en el conjunto nacional, asociado con la disminución del de la Pampa húmeda.

En 1960 el producto pecuario del NGA (5.285 millones de pesos) representaba el 7,0 por ciento del total del país y el pampeano (56.435 millones de pesos) casi el 75 por ciento; dos décadas después las cifras eran 11,2 y 69,3 por ciento respectivamente. Este cambio –la "pecuarización" del Norte– se hizo a

[31] A pesar de que la producción correntina de arroz representaba en esos años casi el 44 por ciento del total del país, la superficie sembrada –que rondaba en torno a las 50 o 60 mil Ha– y sus variaciones, no tenían, por lo que se ve, un peso significativo en el total de la región. Por otra parte, adviértase que en torno a 1950 la provincia de Corrientes producía el 50 por ciento del tabaco del país, en tanto que, en razón del tipo de tabaco producido y de la entrada de las empresas transnacionales, en los '80 sólo alcanzaba al 16 por ciento.

expensas de la reducción de la participación de la agricultura; el proceso se hizo más fuerte en Corrientes y Formosa, al tiempo que en las provincias del Chaco y Salta casi duplicó su presencia en la actividad agropecuaria. En tanto que la ganadería es una actividad poco compatible con un poblamiento sostenido –antes bien, tiende a convertirse en expulsora de población– es posible sostener que su creciente presencia en el Norte podría haberse constituido en otro de los factores que participaron en el sistema expulsor que ya operaba en buena parte de las provincias desde décadas atrás.

TABLA 19: Norte Grande Argentino. Evolución del valor de la producción pecuaria entre 1960 y 1980 y su participación en la producción agropecuaria. Comparación con la Pampa húmeda.

	Valor de la producción pecuaria. Variación (1960/1980) en %	Participación de la actividad pecuaria en la agropecuaria	
JURISDICCIONES		**1960**	**1980**
CORRIENTES	120,3	56,6	69,4
FORMOSA	123,9	54,7	67,5
SANTIAGO DEL ESTERO	108,0	46,1	45,2
CHACO	139,8	20,2	39,4
CATAMARCA	108,5	44.5	37,3
SALTA	89,5	11,8	20.2
MISIONES	87,8	6,9	11,4
TUCUMÁN	61,7	4,8	4,8
JUJUY	45,7	3,9	3,8
NGA	114,3	22,3	31,2
PAMPA HÚMEDA	24,4	53,3	48,7
R. ARGENTINA	34,1	53,2	53,4

Fuentes: Ídem tabla 17. Elaboración propia.

Más allá de las agroindustrias regionales, sobre las que se tratará más adelante, la evolución de la industria manufacturera demostró también el signo de la marginación. A modo de ejemplo, puede señalarse que las provincias del Norte Grande no participaron de lleno en el proceso de acumulación de capital con alto contenido externo que se había dado en torno a los '70, asociado además con la "complejización" creciente de la estructura productiva. Precisamente en este proceso, las provincias del NGA mostraron declinación del PBG y principalmente del PB industrial (Manzanal y Rofman, 1989:12-17). En 1973 el valor agregado de la producción manufacturera de la región no alcanzaba al 7 por ciento, mientras que las provincias de la pampa húmeda contribuían con casi el 73 por ciento.

Las variaciones de la participación del valor agregado o del bruto de la industria de la Pampa húmeda en el total nacional debieron haber tenido una incidencia sustancial en las variaciones de los valores regionales. Así por ejemplo la fuerte caída del NGA entre 1984 y 1993 en el total nacional encontraría razón en sus problemas intrínsecos pero también en el incremento del área más industrializada del país. Algo similar pudo haber sucedido con el fuerte incremento de la participación regional entre 1973 y 1984, que se corresponde con un marcado descenso de la participación

TABLA 20: Industria manufacturera en el Norte Grande Argentino y en la Pampa Húmeda. Valor agregado y valor bruto de la producción. 1984-1993.

	Valor agregado			Valor bruto		
	1973	1984	1993	1973	1984	1993
TUCUMÁN	2,20	3,11	1,31	2,48	2,93	1,27
SALTA	1,04	1,38	0,65	0,95	1,04	0,76
JUJUY	1,10	1,18	0,61	1,26	1,33	0,54
CORRIENTES	0,81	0,87	1,73	0,60	0,72	0,94
MISIONES	0,49	0,86	0,74	0,52	0,91	0,72
CHACO	0,54	0,56	0,36	0,87	0,67	0,45
SANTIAGO DEL ESTERO	0,20	0,20	0,19	0,27	0,21	0,18
CATAMARCA	0,06	0,16	0,52	0,07	0,21	0,50
FORMOSA	0,15	0,14	0,11	0,17	0,13	0,09
NGA	6,59	8,46	6,22	7,19	8,15	5,45
PAMPA HÚMEDA	72,81	59,83	67,50	71,17	62,27	65,50

Fuentes: Rofman y Romero, op. cit., p. 289, elaborado sobre la base de Francisco Gatto y otros, *reestructuración industrial de la argentina y sus efectos regionales. 1973-1984*, Buenos Aires, 1988, e Indec. Avance de resultados. Informe n. 3. Industria manufacturera, Buenos Aires, 1995.

pampeana. Sin embargo, lo que se podría rescatar en el análisis comparado de estas décadas es la fuerte persistencia de un techo regional de escasa altura, techo con pendiente declinante entre los extremos, en un contexto pampeano también declinante. Esta declinación, con los atenuantes apuntados, fue mucho más severa a partir de 1984. Las variaciones regionales internas, a su vez, ofrecen cambios que se explicarían en las modificaciones del contexto nacional aludido y –en algunos casos– en la incidencia que pudieron haber tenido algunas variaciones significativas puntuales en el contexto de valores reducidos de las participaciones provinciales. Sin embargo, vale rescatar un par de circunstancias importantes: por una parte, se tome la última década que estamos considerando (1984-1993) o las dos, a partir de 1973, las provincias de Chaco, Santiago del Estero, Catamarca y Formosa persisten como las de participación más pobre del conjunto regional. Por otra, aún teniendo en cuenta el valor (agregado) excepcional de la participación de Tucumán en 1984 (ubicado en un contexto de regresión de la región industrialmente más desarrollada del país), vemos que sólo equivale al 38 por ciento el de Santa Fe o al 70 por ciento del de Mendoza, provincia con una cantidad de habitantes algo semejante a Tucumán. Puede entonces señalarse que el NGA se aprestaba a entrar en el proceso dramático de la década de 1990 con una estructura industrial de participación más que mediocre en el producto nacional.

Como resultado de esos procesos industriales en particular y de la situación económica global, antes que como efecto del desarrollo de los sectores productivos o del desarrollo tecnológico, el sector terciario incrementó en estos años su participación en el producto bruto geográfico total del país. Entre 1970 y 1980 pasó del 48 al 56 por ciento. En ese contexto, el empleo público tenía en las provincias del NGA una gran importancia. En tanto que la población del área equivalía, a mediados de la década de 1980, entre el 17 y 18 por ciento de la población del país, el número de empleados públicos significaba algo más del 30 por ciento del total de Argentina. Entre 1983 y 1986 la administración estatal de algunas provincias, como la de Corrientes por ejemplo, se había incrementado en el 40,7 por ciento, como una probable evidencia más de la debilidad de la estructura productiva (Manzanal y Rofman, op. cit.: 25-54).

Conjeturas sobre la persistencia

El doble proceso de desarrollo territorial y crecimiento económico, por un lado, y de persistencia de una fuerte asimetría con regiones más favorecidas del país, por otro, quedaría de alguna manera perfilado. Los indicadores parecerían señalar que, más allá de las muy probables variaciones en plazos más breves, las estructuras productivas regionales no habrían dado muestras del vigor necesario para trastocar aquel desequilibrio a lo largo de este medio siglo. Si centramos la atención en las últimas décadas, por otra parte, los cambios se habrían traducido en un ligero incremento de la participación del área sembrada en el total del país (8,5 % a 10,5%) pero en la reducción de su valor (11,3% a 10,2%); en la pecuarización del territorio y en leves incrementos en el valor agregado de la industria manufacturera; en la terciarización y en el aumento del empleo público. Cambios que no habrían sido lo suficientemente enérgicos como para desplazar al NGA de su posición desventajosa en el contexto nacional. En efecto, al iniciar la década de los '80, con una población equivalente al 18 por ciento del total del país, la participación en el PBG total era del 11,3 por ciento; valor éste levemente superior al de casi 30 años atrás (1953): en ese año el 18 por ciento de la población participaba con el 10,3 por ciento del PBG total.

La persistencia de las asimetrías habría tenido un obvio correlato con las condiciones

de vida de la población. La conjetura es que la sociedad del NGA –en su conjunto, desde luego– nunca habría gozado del "esplendor" como sucediera con otras manifestaciones materiales de la vida regional.

¿Cuáles serían los factores vinculados con los procesos de territorialización que habrían construido un resultado tan mediocre? Se conjetura que habría que orientar la búsqueda en por lo menos dos campos: a) las grandes transformaciones del capitalismo y de las naciones centrales, asociadas con los cambios político/económicos de la Argentina especialmente a partir de la década de 1930 y b) desde la perspectiva regional, los efectos de aquellos cambios, y los de la inercia de los territorios del NGA, en especial de las crisis recurrentes de las economías regionales y la incidencia de las políticas económico/territoriales puestas en práctica; en este campo se deberían incluir los efectos de los cambios más importantes de las estructuras productivas regionales luego de la etapa de la consolidación del capitalismo.

a) Las grandes transformaciones

El campo de las transformaciones y cambios nacionales e internacionales es sumamente complejo y escapa a las posibilidades de un análisis exhaustivo en este trabajo. Es por tal razón que se propone sólo mencionar algunos de los aspectos de relevancia. De muy fuerte presencia, en tal caso, fue la crisis de 1930, que generó profundos daños a la economía argentina, modificando también sus relaciones con el sistema de dominación internacional. Se precisó, en efecto, que al distenderse los vínculos de dependencia la dirigencia local aprovechó la confrontación de quienes integraban la gran estructura de poder internacional; pero además –en un proceso largo, complejo, difícil– se fueron generando otras transformaciones en los que tuvieron gran importancia la valoración del mercado interno y la modificación de la organización productiva mediante la puesta en práctica de la política de sustitución de importaciones (Rofman y Romero, 1997:155).

Estos cambios se fueron asociando con el contexto más amplio de las alteraciones del conjunto de la economía capitalista, que había comenzado a sentir los efectos de una fuerte desarticulación. Esfuerzos que, tales como por ejemplo el nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo impuesto por Ford, no pudieron evitar, por sí solos, la debacle pues además se requería superar los obstáculos que impedían apuntalar la intervención estatal como una nueva forma de regulación. Pero a partir de 1930 Roosevelt y el New Deal lograron imponer un nuevo concepto de los poderes estatales. Lo propio de Ford (producción en masa articulada con el consumo masivo) apuntaba hacia un nuevo tipo de sociedad, pero para lograr ese objetivo debió articularse en un sistema mucho más amplio y complejo. Ese sistema se apoyaba sobre la base del poder de las corporaciones industriales –sometidas a las nuevas reglas que les ofrecían seguridad en las ganancias y resguardo frente a los riesgos propios del capital– del trabajo organizado, donde el disciplinamiento del sistema fordista significaba asumir nuevos papeles tanto en el sistema de producción como en los mercados de trabajo, y del Estado, que se instalaba en la práctica keynesiana. Esta práctica –se sabe– significaba inmiscuirse en los derechos de los trabajadores, en los convenios salariales, en las inversiones públicas y en salud, seguridad social, educación o vivienda. El propósito incluido era el de obviar en lo posible los ciclos económicos. Este sistema así articulado resultó de una larga lucha iniciada en los '30, que convirtió al fordismo –según Harvey– "en un régimen de acumulación maduro, fecundo y definido". El sistema, por otra parte, se asemejaba al sugerido por las prácticas instaladas en Italia, Alemania o Japón, pero divorciadas de aquella irracionalidad ideológica; se buscaba estabilizar al

capitalismo sin recurrir a la represión o a las propuestas bélicas. De allí que el esquema fordista-keynesiano se difundiera tan ampliamente; pero esa difusión fue desigual pues cada gobierno asumía de manera diferente –según sus capacidades o inclinaciones ideológicas– su papel en la política monetaria y fiscal, en la inversión pública y en la seguridad social. Por otra parte, el esquema tenía dos límites claros: uno interno, definido por la situación de las relaciones de clase y el otro externo, perfilado por la situación relativa en el conjunto de naciones capitalistas y el tipo de cambo con respecto al patrón dólar (Harvey, 1998:146-162).

A pesar de los ensayos previos, la intervención estatal como nueva forma de regulación se fue perfilando a partir del gobierno de Justo. Dicho papel se manifestó en la creación del Banco Central, por ejemplo, o en la regulación y comercialización de la producción agrícola; no sólo creó la Junta Nacional de Granos, sino también de la vid, del azúcar, del algodón, de la yerba mate y de las carnes (Rofman y Romero, 1997:156-157).[32]

No habría que desdeñar la circunstancia que creaba la caída de las importaciones que se diera en estos años, o de los aumentos de tarifas: la demanda de los bienes de consumo que era provista por el exterior, al quedar insatisfecha, permitió a los industriales locales abastecerla a precios que eran más altos que los de los insumos importados. Esto generó un importante crecimiento de la industria. La más importante se produjo en el área textil, con una repercusión altamente favorable en el desarrollo de la agroindustria chaqueña. La entrada de inversiones directas de Estados Unidos fue también importante. Los empresarios norteamericanos terminaban el producto en Argentina, importando los insumos a un cambio favorable (Cortés Conde, 1998, passim).

Pero fue el peronismo el movimiento que a partir de 1943 posibilitó la consolidación –sui géneris desde luego– de un esquema algo semejante al fordista-keynesiano en la Argentina. Según lo señalan algunos autores, se organizó la alianza entre el "nuevo" empresariado industrial y la clase obrera, garantizada por el Estado. Dicho Estado buscó inicialmente consolidar la redistribución de ingresos; esto permitió que las industrias, aparecidas durante la contienda mundial, superaran el cuello de botella generado por su culminación: la mayor demanda, en efecto, aseguró su perduración (Rofman y Romero, 1997: 164-165; Cortés Conde, 1998:128). Este esquema, identificado también como populista, de raíces corporativas y nacionalistas tuvo una alteración significativa en 1953, año en que esta práctica fuera reemplazada por otras de diverso signo.

El cambio del escenario político argentino luego de 1953 acaeció en el contexto del extenso boom de posguerra (1945-1973) aupado en la consolidación y expansión del fordismo-keynesianismo. Las grandes regiones productoras mundiales acicateadas por una demanda en expansión originada en las mismas fuerzas de trabajo de esas áreas y por la reconstrucción de las economías afectadas por la guerra permitieron el desarrollo de industrias basadas en tecnologías ya puestas en práctica en los años previos: petroquímica, artefactos eléctricos para el consumo, automóviles, barcos, equipos de transporte, acero; fueron los pilares del crecimiento, coordinado por centros financieros articulados entre sí pero con N. York y Estados Unidos en la cúspide.[33] Dicha estructura se aprovisionó en

[32] Podría advertirse, sin embargo, una diferencia entre los propósitos de regulación de la producción pampeana y del NGA. Cabe recordar, por ejemplo que la producción azucarera ya había comenzado a ser regulada a fines del XIX, no en razón de una crisis del sistema capitalista internacional sino de la crisis –también inherente a la lógica del capital– pero vinculada con el horizonte estrictamente nacional de su mercado. Algo semejante habría sucedido con la yerba mate y el algodón.

[33] Harvey señala que los EE.UU. operaron como banqueros mundiales a cambio de una apertura de los mercados de bienes y capitales al poder de las grandes corporaciones.

buena medida de las materias primas provenientes del resto de los países no comunistas –especialmente de aquellos que habían sido descolonizados recientemente– y que a su vez participaron de un mercado mundial masivo cada vez menos diferenciado. Está claro que esta estructura consistía también en un problema institucional pues dependía principalmente de la expansión masiva del comercio y de los flujos de inversión internacionales (Harvey, 1998: passim).

Uno de los cambios más importantes posteriores a 1953 fue la disolución del bloque de poder de la etapa populista argentina. Hubo una marcada coincidencia, dice Cortés Conde, en la necesidad de "desmontar el monstruoso aparato estatal y los monopolios del comercio exterior y del crédito, las excesivas regulaciones y controles de precios" (1998:129). A ello se sumó la caída de la demanda de alimentos (especialmente después de la guerra de Corea), la crisis en la industria y la imposibilidad de Frondizi y de Illia de *aggiornar* la economía argentina (Rofman y Romero, 1997:passim). En tanto que el país no integraba el grupo de los recientemente independizados, es decir, que contaba con un cierto margen frente a la situación mundial imperante, habría que discutir más detalladamente sobre la situación de fuerte dependencia externa típica de los años subsiguientes; parece ser necesario demostrar fehacientemente que dicha situación podría haber resultado más de la elección consciente de la dirigencia nacional que de la inevitabilidad de las fuerzas históricas como parecen querer señalarlo varios autores.

Pero lo cierto es que a partir de la década de 1950 –en consonancia con el boom de posguerra– el capital norteamericano se ubicó en el centro del escenario económico nacional. Desde esos años y hasta comienzos de los '70 la empresa multinacional fue un factor de crecimiento económico nacional.

Precisamente, el sentido y el contexto de las influencias externas habrían de cambiar radicalmente desde ese entonces. Aquel régimen de acumulación maduro, fecundo y definido que se había organizado en los países centrales en torno al fordismo-keynesianismo, comenzó a resquebrajarse a partir de 1973 para dar lugar a una etapa de cambios acelerados, de "flujo y de incertidumbre". Se sostiene que los nuevos sistemas de producción y comercialización en el contexto de procesos y mercados laborales más flexibles, con amplia movilidad geográfica y prácticas de consumo de desplazamientos acelerados, se corresponden con un régimen de acumulación diferente al anterior, que está asociado con un regreso a la iniciativa de las empresas, al neo-conservadorismo y al decidido giro hacia el posmodernismo. Los marcados contrastes entre las prácticas políticas y económicas del período anterior y el posterior a 1973, permitieron asegurar que en los años presentes se estaría viviendo en un régimen de acumulación "flexible" (Harvey, 1998:146).

Se ha destacado el fuerte impacto que esos cambios han tenido sobre el conjunto de la economía y la sociedad de Argentina. Uno de los aspectos más importantes fue la reestructuración del capital industrial, en tanto que los procesos de sustitución entraban en crisis, asociados además con la apertura económica. Entre los diferentes resultados merece señalarse los problemas industriales del Gran Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, que se extendieron hasta 1980. A partir de esos años, además, comenzó a ser aplicado el modelo de ajuste estructural, que desembocó, como es conocido, en un alto crecimiento de la desocupación. En esa década, en efecto, los valores de las provincias del NGA se duplicaron, como mínimo, o se quintuplicaron, como máximo, según la información del INDEC. Sin ser excepcional en este largo proceso que se analiza, fue en esta década que tendieron a agudizarse las circunstancias negativas de las condiciones sociales. Tanto en la región como en el país, se profundizaron los problemas fiscales y financieros, el déficit se incrementó,

las tasas de inflación alcanzaron valores extraordinarios y un conjunto de empresas estatales se caracterizaban por ser ineficientes y estar mal manejadas.

b) La perspectiva regional

En el otro campo, el regional, podríamos analizar los factores que se describen arriba, desde otra perspectiva. Así por ejemplo, podría señalarse que si hubo un ganador en el proceso populista que concluyó en 1953 fue principalmente el área metropolitana de Buenos Aires (en ese año, según la misma fuente del cuadro 15, participaba en el 61,5 por ciento del producto nacional, 30,0 por ciento Capital Federal y 31,5 por ciento la provincia de Buenos Aires).[34] La política estatal de créditos –impuesta y/o consentida– ignoró la dimensión territorial del desarrollo y de las inversiones y podría conjeturarse que parte de la dirigencia regional del NGA habría asumido esa circunstancia de modo pasivo. En esos años, según los datos del período intercensal 1914-1947, se registraba el último saldo migratorio neto positivo en las provincias colonizadas entre fines del XIX y comienzos del XX. Pero en el resto (Corrientes y las provincias del Noroeste) se incrementaba la transferencia iniciada ya en el período intercensal anterior.[35]

Aquella ignorancia no fue privativa del talante populista de los gobiernos nacionales. Las leyes que desde 1958 y hasta 1969 promocionaron las inversiones extranjeras (en una cifra mayor a los 1.400 millones de dólares) desatendieron, o apostaron, al desequilibrio espacial. Los capitales para desarrollar la química y la petroquímica, la metalurgia en general o la industria automotriz, se radicaron principalmente en la región pampeana (Rofman y Romero, op, cit.: 215-226). La pasividad –o la inoperancia– de la dirigencia nacional y del NGA, salvo pocas excepciones, no se habría plasmado en una inteligente política territorial que tendiera a nivelar las diferencias con el resto del país. Esta crucial ausencia, como se señaló más arriba, bien podría ser otra manifestación de la creencia de que estos desequilibrios eran inherentes a la naturaleza de las cosas. La información censal nos permite apreciar que los saldos migratorios netos regionales –propuestos como indicadores de tales ausencias y creencias– entre 1947 y 1960 fue de -460.200 personas, cifra que no logra compensar los saldos de no nativos –en torno a las 90.000 personas– integrados por los paraguayos en el nordeste y bolivianos en el noroeste. En el otro extremo, la transferencia del interior se pone de manifiesto: el Gran Buenos Aires tenía un saldo positivo de casi un millón doscientas mil personas (nativas).

Estas circunstancias, especialmente la debilidad en materia de políticas económico/ territoriales, no fueron muy favorables para las estructuras productivas regionales, que ya habían comenzado algunas, y profundizado las más viejas, a enfrentarse con las crisis que derivaban en buena medida del encorsetamiento generado por el horizonte mayoritariamente nacional de sus mercados (la proliferación de las juntas reguladoras de producción y consumo se asociaba con dicho problema) o del conocido proceso de envejecimiento tecnológico. Pero también con la mayor o menor habilidad de sus clases dirigentes, que intentaban superar esos problemas.

Tasso por ejemplo encuentra signos de regresión del complejo santiagueño ya desde las décadas de los '50 y '60. Fábricas abandonadas, vías muertas junto a ranchos perdurables, campos revenidos (afectados por la salinización), construcciones de riego abandonadas, podrían ser signos, dice, de un ca-

[34] Entre 1914 y 1947, por otra parte, el área había tenido un saldo migratorio neto de unos 700.000 nativos y de más de un millón de no nativos (Lattes y Lattes, 1969, p. 39).

[35] El saldo migratorio neto de nativos (entre 1914 y 1947) se acercaba en esas provincias a -680.000 personas.

pitalismo que no siguió el sendero clásico; explica que las relaciones de producción características de modos precapitalistas pudieron haber obstaculizado el desarrollo; cree también en los efectos de la deficiencia de agua, pero más que nada por que no se utilizó la tecnología adecuada para superar esa falencia. Estos hechos enfrentaron a Santiago con la competencia de otras regiones con mayor especialización. Considera también que la regresión se alimentó por la presencia de un campesinado creciente –sobreoferta de mano de obra– que se articuló con formas tradicionales donde el logro económico, en sentido capitalista, fue "re"-desplazado por las nociones de prestigio y de honor de tipo estamental (Tasso, 2003:16-30).

Las crisis de los complejos azucareros, como por ejemplo la de 1966, tuvieron un contexto diferente (la particular forma de articulación entre el Estado, la industria, los cañeros y el sector laboral, si bien con problemas –algunos exasperantes podría decirse– recibió un golpe formidable) pero los efectos sociales –principalmente en Tucumán– adquirieron una magnitud inusitada. Hubo una posterior respuesta estatal que buscó paliar el desastre pero, como se demostró, la ayuda –vinculada con la promoción industrial– llegó cuando el gran conjunto de la población afectada por la crisis ya había emigrado, beneficiando principalmente a quienes no habían sido excluidos de los complejos.

El complejo algodonero, afectado por la inmovilidad del consumo interno, por las dificultades para exportar la fibra (hecho relacionado en buena medida con la calidad del producto chaqueño), por la creciente competencia de los materiales sintéticos, comenzó a entrar en un proceso crítico en la década de 1950 (Bolsi, 1985:63-64).

Los importantes complejos generados en torno a la explotación forestal del oriente chaqueño recorrían también el proceso de crisis. Hubo un reemplazo paulatino por la ganadería, cuya rentabilidad era mucho menor. Por otra parte, el sobrepastoreo, el fuego y la escasa tecnificación, aceleraron el proceso de desertificación por lo cual en algunos sectores los vacunos fueron reemplazados por caprinos que ampliaron los "peladares", intensificaron la erosión eólica y provocaron voladuras de suelos. El territorio organizado por la explotación forestal y la sucesión ganadera, tanto en el oriente como en el occidente chaqueño, dejó un saldo de despoblamiento y empobrecimiento natural y social (Bolsi, 1985: 50).[36]

La sociedad y el territorio organizados en torno al complejo agroindustrial yerbatero transitaron a su vez los senderos de la crisis, donde la rigidez de la demanda –y la asociada regulación de la producción– jugaron un papel central. Pero en este caso se sumó el proceso de deterioro de los suelos en las colonias yerbateras más antiguas –los rendimientos decrecientes de los cultivos así lo prueban– la reducida extensión de las parcelas de las colonas, incapaces de retener el crecimiento poblacional, la desesperante demora estatal en la entrega de títulos de propiedad y la dominante presencia de la gran propiedad privada inculta que en los '50 ocupaba más del 40 por ciento del territorio misionero. [37]

Por otra parte, el proceso de concentración en el sector industrial que se diera en esos años, acrecentó su poder de negociación y complicó el problema del tamaño de las explotaciones (que se requería mayor al de dé-

[36] El departamento chaqueño de Tapenagá contaba en 1947 con unos 27.000 habitantes. En 1960, en el núcleo de la crisis, su población no llegaba a los 6.500 habitantes. El proceso no se detuvo allí: todo el sector ganadero oriental chaqueño, que contaba en 1960 con casi 90.000 habitantes, 20 años después tenía menos de 78.000; Tapenagá, 4019 (Bolsi, 1985:56).

[37] Aún en 1980 el 34 por ciento de la superficie de la provincia estaba en manos del 0.08 por ciento de los propietarios, cuyas explotaciones eran todas mayores a las 10.000 ha. Los "ocupantes" de las tierras fiscales y privadas llegaban a cubrir el 16 por ciento de la superficie total y el 50 por ciento restante pertenecía a las colonias (Bolsi, 1987:244).

cadas atrás), asociado con la rentabilidad. En tanto que, a pesar de las crisis, los sectores minifundistas del NGA continuaban siendo amplios, (se calculó que hacia los '80 superaban las 115.000 unidades) uno de los resultados fue la proletarización del campesinado asociada con una fuerte emigración.[38] Además, el apoyo que estas estructuras productivas recibieron del Estado (o del sector privado) era muy escaso (salvo casos puntuales, no de conjunto) y estaba en función –se supone– de su reducida participación en la creación de la riqueza nacional. Se señaló al respecto que esta "política" dificultó la introducción de los cambios tecnológicos sustanciales –especialmente de la pequeña propiedad del tabacalero correntino, del algodonero chaqueño, del yerbatero misionero o del cañero tucumano– ya sea para su reconversión o para una mayor adecuación a las nuevas condiciones de producción y de mercado. Salvo acciones intermedias de escasa proyección, en estos años no se desarrollaron ni se aplicaron políticas públicas específicas (Manzanal y Rofman, 1989:36-38). No hubo, en otros términos, propuestas para el ordenamiento del territorio.

Pero además de los problemas de los complejos agroindustriales no sería nada desdeñable la fuerte persistencia de las economías tradicionales que, como por ejemplo gran parte de la ganadería, buena parte de la explotación forestal y las amplias comarcas puneñas o chaqueñas dominadas por economías de autoconsumo, ocupaban una alta proporción del espacio regional donde las prácticas materiales no promovían ni aseguraban procesos de territorialización capaces de contener –en condiciones de vida digna– la creciente población asociada con ellas.

Algo semejante sucedía también en las áreas agroindustriales. Se ha demostrado que allí el régimen demográfico imperante hasta avanzado el siglo XX se asociaba con una población mayoritariamente tradicional, esto es, de natalidad elevada, circunstancia que acentuaba el desequilibrio entre el número creciente de habitantes y los recursos, en este caso los complejos agroindustriales enfrentados a su vez con severas crisis de crecimiento e incapaces por ello de generar respuestas necesarias a los problemas del incremento poblacional.

Las crisis de los complejos agroindustriales de los '50 y 60 y la persistencia de los enclaves tradicionales no habrían conformado contextos exitosos para el Norte Grande. Los cambios que se operaron posteriormente no fueron, al parecer, lo suficientemente profundos como para revertir el contexto de marginación.

Así por ejemplo en el área chaqueña ya a partir de los años iniciales de la crisis algodonera se fue produciendo un reemplazo de esos cultivos por los de maíz, sorgo, girasol o trigo. Este proceso, que Bruniard llamó de "pampeanización del Chaco", se asoció principalmente con las explotaciones de mayor tamaño. Las excluidas fueron las pequeñas pues el reemplazo significaba menor rentabilidad por unidad de superficie, aún con el creciente descenso de los precios del algodón. El efecto inmediato fue la reducción del 30 por ciento de la superficie sembrada con algodón entre 1960 y 1970.[39] La repercusión fue la menor absorción de mano de obra en las cosechas y el cierre de desmotadoras y fábricas, circunstancias que explicaron la fuerte migración rurbana de esos años.

En Misiones el proceso derivado de la rigidez del "techo" nacional del mercado no fue tan crítico como en el Chaco. La temprana regulación de la actividad yerbatera no significó un tropiezo para las actividades produc-

[38] Norma Giarraca y su equipo han hecho importantes contribuciones al conocimiento del campesinado en el Noroeste argentino. Ver, por ejemplo, Giarraca, 2000, passim.

[39] En 1980 se había plantado más sorgo que algodón. El total de los cultivos pampeanos ya ocupaba el 60% de la superficie sembrada provincial.

tivas. Por el contrario, al margen de la tutela estatal se desarrollaron los ciclos del tung, té y forestación. En la década de 1940 la superficie de tung creció de 3.000 a 55.000 ha para decaer luego por problemas de precios; entre 1943 y 1955 el té pasó de pocas centenares a 30.000 ha, de forma tal que la respuesta misionera a la regulación de su principal actividad fue el incremento –entre 1940 y 1955– de más de 80.000 ha de nuevos cultivos. Fue después de estos años que las condiciones del proceso permitieron una segunda expansión de la yerba mate, entre 1960 y 1965. La culminación de la respuesta –en la que se incorporó también la gran propiedad, las políticas promocionales (desgravación impositiva) y los grandes capitales– fue la de la forestación: hacia fines de 1970 se habían reforestado 184.000 ha, en tanto que en 1948 sólo había 626 ha. El mayor ritmo se dio entre 1972 y 1979, con la implantación de 15.400 ha anuales.[40]

Al parecer, este proceso –dominado inicialmente por las firmas de Pérez Companc, Lipsia S.A. y Alto Paraná– que permitía la independencia del mercado nacional en cuanto a pasta celulósica, papel y otros productos, podría inscribirse en el contexto de una propuesta lúcida, aunque insuficiente, frente a los problemas territoriales y sociales de la provincia.

No podría señalarse algo semejante con respecto al otro proceso de expansión agropecuaria iniciado en el Noroeste a partir de 1965. Este conocido proceso (compra de paquetes tecnológicos, desgravación impositiva, incorporación a los mercados externos, desmontes, etc.) se inició con los cultivos de la soja principalmente en Tucumán para expandirse luego en toda la región. Más tarde el poroto seco se difundió a partir de su cultivo inicial en el sur de Salta y posteriormente hicieron lo mismo los cultivos de maíz, sorgo, cártamo y trigo que se habían iniciado en el departamento de Anta y noroeste de Santiago del Estero. En un par de décadas a partir de aquella fecha el área bajo estos cultivos se expandió en 580.000 ha, de las cuales casi el 80 por ciento lo hizo en el denominado "umbral del Chaco" (Audero y León, 1989:80-87). Se ha discutido acerca de los efectos ambientales de esta expansión principalmente por la práctica de desmonte que implica y con ello el temor de la erosión y voladuras de suelos; podría discutirse también acerca de otros efectos territoriales y sociales del proceso, en comparación con los complejos agroindustriales del Norte o del más reciente incremento de la superficie forestada de Misiones. Esta nueva frontera agrícola ocupó en buena parte aquel territorio organizado por la ganadería tradicional (de baja calidad) que ocupaba el monte degradado. Las nuevas prácticas materiales diseñaron un territorio estructurado sobre la base de grandes explotaciones donde el actor principal era la empresa agropecuaria. Madariaga, que estudió el proceso en Tucumán y lo analizó a la luz de hechos similares que ocurrían en América latina, destacó la pobreza de resultados en materia de transformaciones y avances estructurales significativos (y aún sociales en virtud de la alta tecnificación) asociados con las áreas de expansión. Si bien es cierto, por otra parte, que este proceso no reúne los rasgos del modelo clásico de *cash crop* versus *food crop*, típico de otras áreas latinoamericanas, el destino externo de la producción sin ningún tipo de procesamiento local, define a esta actividad como un típico enclave económico (Madariaga, 2000, passim).[41] Por último, se ha señalado

[40] La superficie media de los predios forestados a fines de los '70 era de 25 ha. Ello demuestra el alcance general del proceso. Las 8.000 explotaciones forestales de los colonos compensaban de esta manera las grandes plantaciones.

[41] En ese sentido, se ha señalado que la "contribución de esos procesos productivos al ingreso y al empleo ha sido reducida por que son liderados por grandes empresas, por agentes extrarregionales o por sectores totalmente diferenciados de la mayoría de los productores locales" (Manzanal y Rofman, 1989:15).

que sólo los empresarios pudieron adquirir grandes extensiones de tierra e incorporar los paquetes tecnológicos para el desarrollo de la producción; ello dejó afuera del proceso a los minifundistas y aún a los productores medianos, circunstancia que difiere con la de la forestación misionera donde la participación de miles de pequeños y medianos productores contribuye a diseñar un perfil social diferente. Estas dos nuevas territorializaciones, por lo tanto, asociadas con requerimientos de mercados extrarregionales o externos, difieren en las repercusiones regionales debido al comportamiento asimétrico de la dirigencia local que, como se ha señalado, no es inerme a la hora de tomar decisiones.

La insuficiencia de estos cambios podría quedar expresada, en alguna medida, en el crecimiento de los niveles de desocupación. Si bien es una medición urbana y por lo tanto expresión del conjunto de los problemas de la sociedad, refleja también –a través de la intensidad y los caracteres de las migraciones rurbanas– las condiciones particulares de las áreas rurales. En razón de la importancia de las actividades agropecuarias y de la agroindustria en la territorialización y en las estructuras productivas del NGA, en la ruralia regional debe notarse particularmente la persistencia de por lo menos dos sectores emblemáticos: el campesinado y la población indígena. Ambos aparecerían como reproductores permanentes de pobreza.

Hacia los '80, Manzanal y Rofman calcularon unos 120.000 hogares asimilables a minifundistas (superaban los 52.000 en el Noroeste y eran más de 65.000 en el Nordeste) que equivalían a una PEA de 280.000 y a una población total de 600.000 personas (1989:69). Es también a partir de estos años que comenzaban a disminuir en número y a perder capacidad de producción, especialmente los asociados con los procesos de la caña de azúcar, del algodón y también –casi con seguridad– los campesinos de Santiago del Estero.

El otro mundo –no urbano– asociado con la pobreza es el de las sociedades indígenas. Entre las mesetas puneñas y las cataratas del Iguazú sobreviven decenas de culturas que a la desarticulación de sus condiciones de vida y de sus territorios no le sucedió circunstancia favorable alguna que les permitieran procesos de reasimilación no traumática. Sus prácticas materiales no les permitieron asegurar con éxito –en un entorno de agresiones– la pervivencia de los grupos por lo cual la migración a las ciudades o la inserción ocupacional precaria en el sistema productivo no indígena se convirtió en una alternativa necesaria; como entre los campesinos, el trabajo extrapredial se constituyó en un sector importante de las estrategias de supervivencia. Desde una condición más extrema todavía, el trabajador rural dependiente se aproxima a los mundos campesinos e indígenas en la necesidad de contar con oportunidades crecientes de trabajo para asegurar su existencia.

Por último, queda abierto el interrogante acerca del carácter que asumió la denominada "consolidación del capitalismo" en el Norte. A la luz de las formidables diferencias que existían y existen –en orden a los resultados mediocres obtenidos y a las condiciones sociales de la población– entre la sociedad norteña y la de la Pampa húmeda, se sugiere que podría tratarse del resultado de un proceso de consolidación del capitalismo moderno en una matriz social de dominación tradicional.[42] Ese modelo de articulación, a la luz de los resultados regionales, podría persistir hasta hoy.

---

[42] Rofman caracterizó a las provincias argentinas según el grado de penetración de formas capitalistas avanzadas en sus territorios. Las del Norte se incluyen en la denominada área II, con predominio de condiciones de menor desarrollo capitalista relativo. Se manifiestan en forma mayoritaria procesos económico-sociales en los que el sistema capitalista no ha logrado predominar netamente y donde las formas atrasadas de dicho sistema o experiencias no capitalistas o precapitalistas son aún muy notorias. Rofman, 1979, citado por Manzanal y Rofman, 1989:9-11.

Giarraca rescató el relato de Mario Bravo (*En el surco*, 1929) sobre las duras condiciones de los trabajadores cañeros de aquellos años y se impresiona con las semejanzas que encuentra en 2000. Si bien, como señala, éste tiempo no es el de Bravo, esa continuidad casi secular se debería a las "ataduras" estructurales. Se podría conjeturar que, incólumes a los cambios más diversos que sucedieron en otras regiones del país, con sujeciones mucho más rígidas, y a la sucesión de diferentes prácticas políticas y económicas de todos estos años, la perpetuación de esas "ataduras" no es fruto de una auto-reproducción automática e ineludible, sino –entre otros factores– de la incapacidad (o capacidad, según se mire) que la sociedad y sus dirigentes tengan para modificarlas.

EL NORTE GRANDE EN LA GLOBALIZACIÓN. LA DÉCADA DE 1990

Si bien durante los '80 ya habían comenzado a aparecer en Argentina algunos de los cambios asociados con el capitalismo flexible, fue después de 1989 que ese proceso se consolidó.

Del conocido conjunto de esos cambios tal vez convenga recordar la importancia de dos de ellos. La reorganización del sistema financiero en lo sustancial significó, por una parte, el incremento de su poder de coordinación a expensas de los Estados que cedieron en mayor o menor medida el control de flujo de capital (o sea la política fiscal y monetaria). En ese contexto, se entiende que las concepciones del estado de bienestar, conjuntamente con el papel sindical (y el salario real) hayan ido cediendo ante los nuevos argumentos de la austeridad y el recorte fiscal. Por otra, un cambio también radical, fue el incremento de la subcontratación de trabajo y de los contratos temporarios, conformando un contexto que se denominó la precarización del trabajo. Se ha señalado, en tal sentido, la existencia de una cierta correlación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados (Harvey, 1998:175-194).

La crítica situación general de la Argentina hacia fines de la década de 1980, en el contexto de aquellas nuevas pautas de la flexibilización, aceleró la aplicación de las propuestas del consenso de Washington vinculadas con la austeridad fiscal, la privatización y la liberación de los mercados. Pero se sabe que la liberación del mercado se hizo sin un marco regulatorio apropiado, creando condiciones de inestabilidad y tipos de interés elevados; las privatizaciones, al margen del sistema de corrupción que las acompañó y el efecto multiplicador en la desocupación,[43] en muchos casos desembocaron en precios más altos por la falta de políticas de competencia o de vigilancia adecuada cayendo los servicios en manos de monopolios; la austeridad fiscal, por último, se convirtió en un fin en sí mismo y provocó a la larga tanta desocupación como había a fines de los'80 con el agregado de la ruptura del contrato social (Stiglitz, 2002).

Pero es sabido que en la Argentina de los '90 se sumaron otras circunstancias: entre ellas se destaca la rigidez del sistema cambiario. Si bien durante los primeros tiempos la paridad peso/dólar habría resultado beneficiosa, hacia 1999/2001 la sobrevaluación del peso era muy acentuada. Además, en estos años la situación fiscal persistía frágil y el sistema bancario, a pesar de su imagen de solidez, era vulnerable. Por otra parte, si bien la evolución de la economía nacional había superado al resto de las economías latinoamericanas –por lo menos hasta 1997– según el crecimiento *per cápita*, quedó demostrado que la distribu-

[43] El conocido movimiento piquetero, por ejemplo, y sus distintas versiones, tuvo uno de sus orígenes en Tartagal (Salta), en 1997. Esa era una de las áreas en las que operaba la empresa YPF, que fue privatizada en condiciones adversas para sus empleados.

ción del ingreso no había mejorado y el desempleo no había podido descender. Además, lo que aparentemente se había avanzado en materia de pobreza, hacia 2000 tales ganancias habían desaparecido (Perry y Serven, 2002, passim).

Cada uno de estos aspectos tuvo una reconocida incidencia en la evolución del NGA. Pero sin duda fue muy importante la desregulación del sector público agrícola asociado con la redefinición del Estado. Los organismos estatales que intervenían en los mercados de bienes y servicios se suprimieron (Murmis, 1998:211). La economía azucarera, por ejemplo, que de alguna manera había logrado "superar" los problemas de 1966, fue desregulada en 1991 con lo que el precario equilibrio logrado entre los actores de la agroindustria fue trastocado nuevamente: los cupos de producción y las cuotas de abastecimiento del mercado interno se eliminaron y se disolvió la Dirección Nacional del Azúcar (Giarraca, 2000). Las economías agroindustriales del Norte fueron instaladas en el nuevo "escenario" –denominado neoliberal– considerando marginalmente su rígido contexto definido por el horizonte nacional de sus mercados, por las políticas de subsidios de países con producciones similares y por los problemas de los mercados internacionales. La desregulación de la actividad yerbatera, por ejemplo, generó una expansión momentánea pero ya en la segunda mitad de los '90 la falta de crecimiento de la demanda volvió a generar los problemas habituales, comenzando por el descenso de los precios y concluyendo con la sobreoferta de la mano de obra (Blanco y Bardomás, 2003:6). Este proceso coincide con aquel que describe Schiavone (2003: passim) relacionado con el problema de la ocupación espontánea de tierras por parte de campesinos. Dicha estrategia de ocupación fue casi una constante en la historia agraria misionera (Bolsi, 1987: passim) pero ahora el fenómeno se produce en tierras privadas. En la actividad algodonera la incorporación de cosechadoras mecánicas en las grandes explotaciones impactó en el mercado de trabajo con efectos negativos en general y en particular en el sector de los pequeños productores minifundistas, que en su estrategia de supervivencia y reproducción vendían su fuerza de trabajo a los grandes productores. En las agroindustrias más nuevas, como por ejemplo la del limón, que había registrado una marcada expansión, se produjo una fuerte tendencia a la concentración (el 50 por ciento del limón comercializado en Tucumán, por ejemplo, era provisto por sólo 13 explotaciones de las 520 que existían a mediados de los '90 (Alfaro y Berenguer, 2003:14); en ese contexto, los pequeños productores fueron siendo desplazados del sistema (Batista y Nateras, 1998). En la estructura laboral muy pronto se pudieron reconocer los caracteres típicos de la globalización, definidos por la precariedad del trabajo y la terciarización de la contratación de mano de obra.

El mundo rural fue afectado en casi todos sus frentes pero principalmente en el constituido por los sectores más frágiles: cambios en los vínculos laborales, precarización creciente de los trabajadores dependientes del agro o expansión del contratismo fueron, como se vio, algunos de los efectos que incrementaron la exclusión. Exclusión, por otra parte, articulada también con los cambios en la estructura agraria. Según los censos agropecuarios, entre 1988 y 2002 disminuyeron casi 7.000 explotaciones (EAPs) de menos de 5 ha, cifra cercana al 30 por ciento del total inicial.[44] Pero hubo otros cambios; además de estas explotaciones, disminuyó el total de las EAPs, en el orden del 13,2 por ciento. En tanto que en ese período la superficie se redujo en menos de 1 por ciento,[45] el tamaño medio de las EAPs del Norte Grande pasó de 283

[44] La única excepción, siempre de acuerdo con los censos citados, es la provincia de Salta, donde se registró un aumento de estas explotaciones.

[45] Existen diferencias entre los valores de los censos agropecuarios y los de la SAPYA. El censo de 2002 toma solamente las superficies implantadas en primera ocupación; tampoco considera la superficie de las explotaciones interprovinciales.

a 317 ha.[46] En asociación con el mismo proceso, en 2002 aparecieron 250 nuevas EAPs de más de 10.000 ha. Este incremento resultó de la incorporación de 400.000 ha a este rango pero simultáneamente de la subdivisión de grandes propiedades pues la superficie media de estas explotaciones pasó de casi 50.000 a menos de 22.500 ha. Por último, un sector fuertemente involucrado en estos cambios fue el de la EAPs de 500 a 2500 ha; la superficie ocupada por estas explotaciones aumentó en casi dos millones de hectáreas. Aun cuando estos procesos variaron de provincia en provincia, en su conjunto señalan el rumbo general de las transformaciones agrarias de la década.

Uno de los actores más importantes que se articuló y a la vez motorizó buena parte de esas transformaciones fue la consolidación del modelo extractivo organizado en torno de la explotación de las oleaginosas. Se vio más arriba que el cultivo de la soja comenzó a mediados de los '60 y ya en la década de los '90 se reconocía como una agricultura sin agricultores o también como una agricultura industrial. El notable incremento de la superficie sojera (en el orden de 86 por ciento en el Nordeste y 138 por ciento en el Noroeste) involucró una estrategia que incluye, entre otros aspectos, sembradoras de siembra directa o la organización de *pools* de siembra donde lo que interesa es el control de la tierra más que su propiedad. Esta estrategia ahorra mano de obra, desplaza a los pequeños productores y tiende a eliminar al agricultor como sujeto social. Además, desplaza buena parte de las estructuras campesinas asociadas con la explotación tradicional[47] y tiende a reemplazar los cultivos de algodón, como se dijo arriba, especialmente entre los productores más grandes (Teubal y Rodríguez, 2002 y Domingo y Sabatino, 2003). Esto se sumó a los efectos de las cosechadoras mecánicas, sobre el mercado de mano de obra.

Además, también lo hemos visto, la estructura productiva del NGA tenía en el año 2000 una participación mediocre en el nivel nacional. Los complejos agroindustriales y la expansión de la agricultura (que involucran a los sectores más dinámicos de la región), la minería y la industria metalúrgica representan apenas el 9,6 por ciento del país; por su parte, el sector de comercio, hoteles e instituciones financieras el 7,8 por ciento. A su vez la participación en el comercio exterior fue también mediocre. En tal sentido Gatto y Cetrángolo afirman que las estructuras provinciales del NGA tuvieron un deterioro cualitativo: durante años, la situación recurrente fue el estado "de crisis de supervivencia productiva" que afectó fuertemente el sector público (op. cit. p. 56). Esta no era, según vimos, una situación atractiva para las inversiones, circunstancia que compromete el futuro regional.

Por último, la alta proporción de población urbana se puede reconocer más como un severo problema social que como resultado de un proceso de crecimiento económico y territorial. Por el contrario, se trata de un proceso de traslado y "urbanización" de la miseria.

CONCLUSIONES
(Y LA POBREZA ACAMPÓ ENTRE NOSOTROS…)

1. El territorio actual del NGA contrasta con el de fines del siglo XIX o mediados del XX. Es mucho más complejo, poblado y rico que en esos entonces. Además, entre un extremo y otro del proceso las políticas sociales tuvieron una marcha zigzagueante pero pue-

[46] Esta variación de la superficie total involucra una marcada disparidad de situaciones. Por su parte, el total de las EPS de las provincias de Jujuy, Catamarca, Salta y Tucumán se redujo entre el 20 y 27 por ciento entre ambos censos. Por el contrario, las de Chaco, Santiago del Estero y Formosa aumentaron entre el 18 y 28 por ciento.

[47] Los conflictos por la tierra se agudizaron en la década de 1990, donde el Movimiento Campesino de Santiago del Estero jugó un papel relevante (de Dios, 2003).

de señalarse que hoy la sociedad se encuentra más protegida que en aquellas fechas.

2. Sin embargo, también es posible conjeturar que las sociedades regionales no lograron construir un territorio que les permitiera superar las condiciones generales de pobreza que las dominara antaño y domina hoy. Ese rasgo se asociaría con otra constante histórica. Bajo ninguno de los diferentes regímenes políticos y circunstancias económicas que se sucedieron en el siglo y medio que se estudia, el NGA tuvo una participación realmente destacada en la creación de la riqueza total del país. Si bien hubo algunas variaciones, el conjunto regional no logró generar riqueza –aún en lo referido a la producción agroindustrial, su mayor fortaleza- más allá del rango del 10/12 por ciento del total.
3. Las economías diversificadas de las sociedades tradicionales de las provincias del Norte que venían de perder sus aduanas interiores (articuladas de diferente manera con los grupos indígenas), el ámbito de regresión misionera y el denominado corazón aborigen del Chaco, constituyeron el tejido básico sobre el que operó el período de consolidación del capitalismo.
4. Las asimetrías en los cálculos de ingresos que existían entre Buenos Aires y el conjunto de las provincias del Norte en torno a 1860, realizados por M. de Moussy, no autorizan a pensar en una sociedad tradicional "más pobre" que la del litoral. Esas diferencias considerables significarían, no sociedades carentes o ricas, sino dos tipos de Estados y dos "modos de ver las cosas" de sus habitantes que tenían algunos puntos mínimos en común pero ya en franco proceso de diferenciación.
5. La consolidación del capitalismo (la incorporación del progreso) que generara los complejos y las sociedades agroindustriales del Norte no desplazaron la sociedad tradicional sino que se articularon con ella. El territorio de hoy resulta de los diferentes modos de articulación entre esos dos grandes componentes, que no son dos universos en clausura; podría aventurarse un *continuum* entre las comarcas wichi de Formosa y el de los barrios cerrados de las metrópolis del Norte.
6. El componente inscripto en el ámbito "tradicional" de esta articulación (el mundo de las persistencias, al decir de Sauer) podría reconocerse hoy principalmente en dilatadas comarcas con importante proporción de aborígenes, de trabajadores rurales, de población criolla o simplemente campesina: sus prácticas dominantes se vinculan con el autoconsumo y con la venta de su fuerza de trabajo. Estos "residuos" (o los "núcleos duros" de la pobreza) incluyen también a sus integrantes que han migrado y definen las críticas periferias de los centros urbanos regionales.
7. Al mismo tiempo se puede conjeturar que esa persistencia no permitió definir una "cultura de mercado" homogénea y generalizada como la que se observa en amplios sectores de la Pampa Húmeda. Simoca y Rafaela (y sus respectivos *hinterlands*) podrían definir dos paradigmas contrastados. Se trataría de dos resultados diferentes del mismo proceso de consolidación del capitalismo.
8. En el proceso de articulaciones (admite una gran variedad de modalidades) puede reconocerse también la importancia de variables demográficas. El comportamiento tradicional en la natalidad (la caída de la fecundidad del Norte se produjo 50 años después que en la región pampeana) y su incidencia en la tasa de crecimiento de la población, se inscribe en una estructura agroindustrial de crecimiento muy lento, entre otros factores por los problemas para la exportación de sus productos (las crisis de superproducción y las diferentes formas de regulación son prueba de ello). Una primera lectura de esta situación se detendría en una explicación maltusiana. Pero es posible completar-

la: si bien la región contó con dirigentes excepcionales, no fue muy común en su historia la elaboración y puesta en práctica de estrategias políticas, culturales, económicas y territoriales de conjunto para evitar la acumulación de estos "residuos" principalmente en las periferias urbanas. La planificación regional constituyó más bien un artículo de importación de relativo uso.

9. Durante la primera mitad del siglo XX la sociedad del Norte había consolidado esa construcción básica que fueron los complejos agroindustriales. No obstante, puede sostenerse que no es la consolidación del capitalismo un actor exclusivo a la hora de explicar las diferencias espaciales en la distribución de la pobreza regional. En tal sentido, recuérdese que las provincias de Catamarca y de Corrientes no se sumaron con plenitud a ese proceso. Sin embargo, la primera resulta la menos pobre del Norte en tanto que en la segunda se instaló uno de los núcleos duros de pobreza más extensos de la región.
10. A partir de allí hubo nuevos procesos, pero sus dimensiones territoriales y económico-sociales –si bien importantes algunas de ellas– no alcanzaron el nivel de aquella. Se hicieron visibles, como antes, las influencias de los distintos regímenes y prácticas económico-políticas que articularon en orden a una mayor o menor sujeción –según los méritos y capacidades de la dirigencia local y nacional– el desarrollo regional con el nacional e internacional.
11. El balance entre ganancias y pérdidas de estos nuevos procesos no parece ser positivo para el Norte Grande. La multiplicación de los cultivos de riego con nueva tecnología, el avance de la minería y de la explotación petrolera, el desarrollo de la producción citrícola o de los complejos del tabaco y del arroz, la expansión –en varios centenares de miles de Ha– de nuevos cultivos, la pecuarización creciente, las radicaciones industriales posteriores a las crisis azucareras o la industrialización asistida, las inversiones en caminos, diques, forestaciones, etc., no lograron alterar sustancialmente el esquema de debilidad productiva y magra participación regional en el conjunto nacional. Además, en este esquema se fue acentuando cada vez más la debilidad del perfil productivo de las provincias de Formosa, Catamarca[48] y Santiago del Estero, grupo al cual se encuentra muy próxima la provincia de Corrientes.[49] No obstante, se indicó arriba que Catamarca es la provincia menos pobre del Norte y tal circunstancia debería ser relacionada con los rasgos propios de su estructura económico-social y no con la debilidad de su estructura productiva o los rasgos de la consolidación del capitalismo.
12. Sin embargo, la enumeración de estos factores –seguramente incompleta– debe inscribirse en un contexto más amplio: aquellos avances señalados más arriba parecen no haber sido inscriptos con solidez en una visión global del Norte. Se atendieron clamores y problemas sectoriales o puntuales; se promovieron proyectos de cierta magnitud, como el caso de los ríos Bermejo y Dulce; el INTA se preocupó reiteradamente por los problemas regionales y algunos de ellos se relacionan con los pequeños propietarios y campesinado; el Consejo Federal de Inversiones e instituciones similares incursionaron en la planificación regional. Son incontables las acciones que desde distintas pers-

[48] La explotación minera de los últimos años cambió los grandes números de la situación relativa de la provincia de Catamarca.

[49] Desde otro ángulo, aunque complementario, debe recordarse que las provincias de Formosa y Jujuy tienen una estructura de ingresos totalmente dependiente; no tienen ingresos propios y las transferencias recibidas tienen una elevada afectación en garantía de la deuda. Las provincias de Corrientes, Chaco, Santiago del Estero, Misiones, Tucumán y Catamarca tienen una elevada dependencia en los ingresos. Estos son los dos grupos que reúnen las peores condiciones en el país (Cetrángolo y Jiménez, 2003:23-24)

pectivas buscaron solucionar los problemas del Norte. Pero la objetiva persistencia de la marginalidad y pobreza estructural de la región parece ser una demostración de la insuficiencia de todas esas acciones.

13. La solución de los problemas del Norte Grande Argentino nunca formó parte de una política de Estado, circunstancia desfavorable para cualquier proyecto que, como lo debería ser en este caso, requiere continuidad en plazos de larga duración. Pero tampoco parece que se haya formulado una visión que englobe todas las dimensiones que participan de la territorialización del Norte. No se conoce, por ejemplo, una propuesta de territorialización que incluya como parte activa los problemas derivados de la diversidad cultural, de construcción diferenciada del territorio o un tratamiento integral de los tres grandes "residuos" regionales: el campesinado, la población indígena y las villas miseria urbanas.
14. Así es que las prácticas del neoliberalismo –que se hicieron fuertes a partir de la década de los '90– encontraron una sociedad y un territorio vulnerables. El proceso secular, articulado con la poca eficacia de los diferentes niveles de gestión, no conformó una estructura que permitiera soportar los efectos de las increíbles políticas derivadas del consenso de Washington vinculadas con la globalización y el capitalismo flexible.
15. Más allá de la discusión sobre la aplicación de esa política o sobre los efectos de la corrupción asociada, las medidas de desregulación, privatización, etcétera, no fueron acompañadas por estrategias económicas y sociales adecuadas, circunstancia que generó un fuerte incremento en todos los índices de carencia, especialmente en los mundos residuales campesino e indígena.
16. El proceso de urbanización, que involucra el crecimiento incesante de las "villas miseria", es una de las expresiones más visibles de la territorialización de la pobreza del Norte Grande Argentino.

Sobre esta sucesión encadenada de hechos que hemos intentado detectar y describir, Walter Benjamin nos pudo haber dicho que el Ángel de la historia sólo vería una catástrofe que acumula muertes y destrucciones a sus pies; y por más que el Ángel intentase retronar para recomponer los errores, reconstruir lo destruido, un viento huracanado que sopla desde el Paraíso lo enviaría hacia adelante, hacia el futuro. Ese huracán es el Progreso.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL TEXTO

Alfaro, M. Y P. Berenguer, 2003. "Las pequeñas y medianas empresas agropecuarias en el complejo citrícola tucumano". En Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires. Versión CD.

Alsina, J. A. (1898). *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires, tercera edición.

Archondo, R. et al. (1994). *Memoria del foro ¿A dónde vamos? Progreso en diferentes culturas.* Agencia Alemana de Cooperación Técnica (GTZ), Goethe-Institut (La Paz) y Programa de Investigación Estratégica en Bolivia, La Paz, Fundación PIEB.

Audero, S. y C. León, 1989. *La expansión de la frontera agraria en el NOA*. AAEA, Buenos Aires, vol. III, pp. 80-87.

Balán, J., 1978. Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y mercado nacional en el desarrollo agroexportador. *Desarrollo Económico*, 69:51-73.

Baldrich, R., 1944. La desnutrición infantil en Tucumán es un serio problema. *Revista de Economía Argentina*, 308, T. XLIII, Buenos Aires.

Bauman, Z., 2005. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós, Buenos Aires.

Beck, H. H., 1994. Relaciones entre blancos e indios en los territorios nacionales de Chaco y Formosa. 1885-1950. En Cuadernos de Geohistoria Regional, n. 29, IIGHI-Conicet, Resistencia.

Beck, H. H.,1992. La ocupación del espacio en el oeste chaqueño y formoseño desde la provincialización de los territorios (1953-1983). En Cuadernos de Geohistoria Regional, n. 25, IIGHI-Conicet, Resistencia.

Benedict, R., 1939. *El hombre y la cultura*. Buenos Aires.

Blanco, M. y S. Bardomás, 2003. "Articulación de ocupaciones agrícolas y no agrícolas e ingresos de los hogares rurales. Un estudio comparativo de pequeños productores." En Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires. Versión CD.

Bolsi, A., 1985. Apuntes para la geografía del nordeste argentino (un ejemplo de regresión regional). En Cuadernos de Geohistoria Regional, n. 11, IIGHI-Conicet, Resistencia.

Bolsi, A., 1987. Misiones (una aproximación geográfica al problema de la yerba mate y sus efectos en la ocupación del espacio y el poblamiento). *Folia Histórica del Nordeste*, 7:9-256.

Bolsi, A., y A. M. Foschiatti, 1995. La población de la ciudad de Corrientes entre 1588 y 1980. En Academia Nacional de Geografía, Buenos Aires.

Bolsi, A., 2000. Población, azúcar e industria rural en Tucumán, Argentina. *Geographicalia*, 38:93-121.

Bolsi, A., y Ortiz De Dárterio, J. P., 2001, Población y azúcar en el Noreoste Argentino, UNT, Tucumán.

Bolsi, A., 2004. La población del Noroeste argentino durante el siglo XX. *Travesía*, 7/8:9-52.

Bruniard, E., 1975/78. *El gran Chaco argentino*. UNNE, Resistencia.

Bruniard, E. y A. Bolsi, 1974. Resistencia y

su población. *Geográfica*, 3:9-23.

Bunge, A., 1984, [1940] Una nueva Argentina. Hyspamérica, Madrid.

Bünstorf, J., 1982. El papel de la industria taninera y de la economía agropecuaria en la ocupación del espacio chaqueño. Folia Histórica del Nordeste, 5:7-60.

Cafferata, A., 1988. Área de frontera de Tartagal, marginalidad y transición.

Cetrángolo, O. J. P. Jiménez. 2003. "Apreciaciones sobre el federalismo fiscal en la Argentina durante la convertibildad". Versión presentada en el XV Seminario Regional de Política Fiscal organizado por la CEPAL en Santiago de Chile, 27 al 30 de enero.

Cortés Conde, R., 1998. *Progreso y declinación de la economía argentina*. Fondo de Cultura Económica.

de Dios, R., 2003. "Movimiento agrario y lucha social. El caso del movimiento campesino en Santiago del Estero". En Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires. Versión CD.

Denis, P., 1987. *La valoración del país. La República Argentina – 1920*. Ed. Solar, Buenos Aires.

De Souza, A. R., 1990. *A geography of world economy*. Columbus, Ohio. Merrill Publishing Company.

Di Tella, T. S., 1998. *Historia social de la Argentina contemporánea*. Troquel, Buenos Aires.

Domingo, D. y P. Sabatino 2003. "Lo que la soja se llevó". En Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires. Versión CD.

Gatto, F. y O. Cetrángolo, 2003. "Dinámica productiva provincial a fines de los años 90". CEPAL. Serie *Estudios perspectivas*, 14. Santiago de Chile.

Gatto, F. y A. Quintanar, 1988. "Un enfoque alternativo para el análisis del desarrollo regional: estudio de las estrategias de desarrollo agrícola de la región NOA". En Manzanal, M. et al. *Las crisis regionales*. CEUR, Buenos Aires.

Giarraca, N. (Comp.). 2000. *Tucumanos y tucumanas. Zafra, trabajo, migraciones e identidad*. Ed. Colmena, Buenos Aires.

Giarraca, N. (Comp.). 2001. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires. Clacso.

Harvey, D., 1998. *La condición de la posmodernidad*. Amorrortu, Buenos Aires.

Healey, M. J. y B.W. Ilbery, 1990. *Location and change: perspectives in economic geography*. Oxford. Oxford University Press.

Indec, 1997. Censo Nacional Económico 1994. Resultados definitivos. Serie A, números 6 y 7. Buenos Aires.

Latzina, F., 1889. *L'agriculture et l'èlevage dans la Rèpublique Argentine. Le recensement de la premiere quinzaine d'octobre de 1888.* París, P. Mouillot.

Madariaga, M., 1999. La expansión agrícola en el occidente chaqueño. Tesis de doctorado. Mimeo.

Maeder, E., 1972. *Historia económica de Corrientes en el período virreinal*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Manzanal, M. y A. Rofman, 1989. *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*. Centro Editor de América Latina – Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Buenos Aires.

Martin, R., 1994. Economic theory and human geography. En D. Gregory, R. Martin y G. Smith (comp.). *Human geography: society, space and social science*. Londres, MacMillan.

Murmis, M., 1998. El agro argentino: algunos problemas para su análisis. En N. Giarraca y S. Cloquell, *Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales*. Ed. Colmena – CLACSO, Buenos Aires.

Moussy, M. de, 1860. *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*. 3 tomos, París.

Paz, G., 1992. Campesinos, terratenientes y Estado. Control de tierras y conflictos en la Puna de Jujuy a fines del siglo XIX. En A. Isla (comp.), *Sociedad y articulación en las tierras altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo*. MLAL, S. S de Jujuy.

Paz, O., 1983, *Tiempo nublado*, Sudamericana. (Planeta). Barcelona.

Perry, G. y L. Serven, 2002. La autonomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y que podemos aprender de ella. *Desarrollo Económico*, 167: 323-375.

Recchini de Lattes, Z. y A. Lattes, 1969. *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales, basado en datos censales, 1869-1960*. Editorial del Instituto, Buenos Aires.

Rofman, A. y L. A. Romero, 1997. *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*. Amorrortu, Buenos Aires.

Sauer, 1941, Foreword to historical geography. *Annals of the Asociation of American Geographers*, Vol. 31.

Schaller, E. C., 1995. La distribución de la tierra y el poblamiento en la provincia de Corrientes (1821-1860). *Cuadernos de Geohistoria Regional*, n. 31, Resistencia, IIGHI, Conicet.

Schaller, E. C., 1987. La política colonizadora en la provincia de Corrientes. Cuadernos de Geohistoria Regional, n. 17, Resistencia, IIGHI, Conicet.

Smith, D., 1997. Las fuerzas del mercado, los factores culturales y los procesos de localización. *Internacional Social Science Journal,* 151:11-43.

Stiglitz, J., 2002. *El malestar de la globalización.* Taurus, Buenos Aires.

Soto, Hernando de, 2002, El misterio del capital. Sudamericana, Bs. As.

Tasso, A., 2003, Un ciclo de desarrollo agrario capitalista en una provincia tradicional argentina. Mimeo. Tesis doctoral.

Teubal, M. y R. Pastore, 1995. El agro argentino y los complejos agroindustriales: el caso argentino. En M. Teubal, *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?* Ed. Corregidor, Buenos Aires.

Teubal, M., y J. Rodriguez, 2002. *Agro y alimento en la globalización. Una perspectiva crítica*. La Colmena. Bs. As.

Thrift, N., 1994. On the social and cultural determinants of internacional financial centres: the case of the city of London. En S. Corbridge, R. Martin y N. Thrifit

(editors), *Money, power and space* Oxford: Blackwell Pub., pp. 327-355.

Whigham, Th., 1997. La industrial maderera en el alto Plata: Paraguay y Corrientes, 1776-1869. En *Folia Histórica de Nordeste,* 13:55-82.

Zurita, C., 1999. "El trabajo en una sociedad tradicional. El caso de Santiago del Estero". CICYT-UNSE, Santiago del Estero.